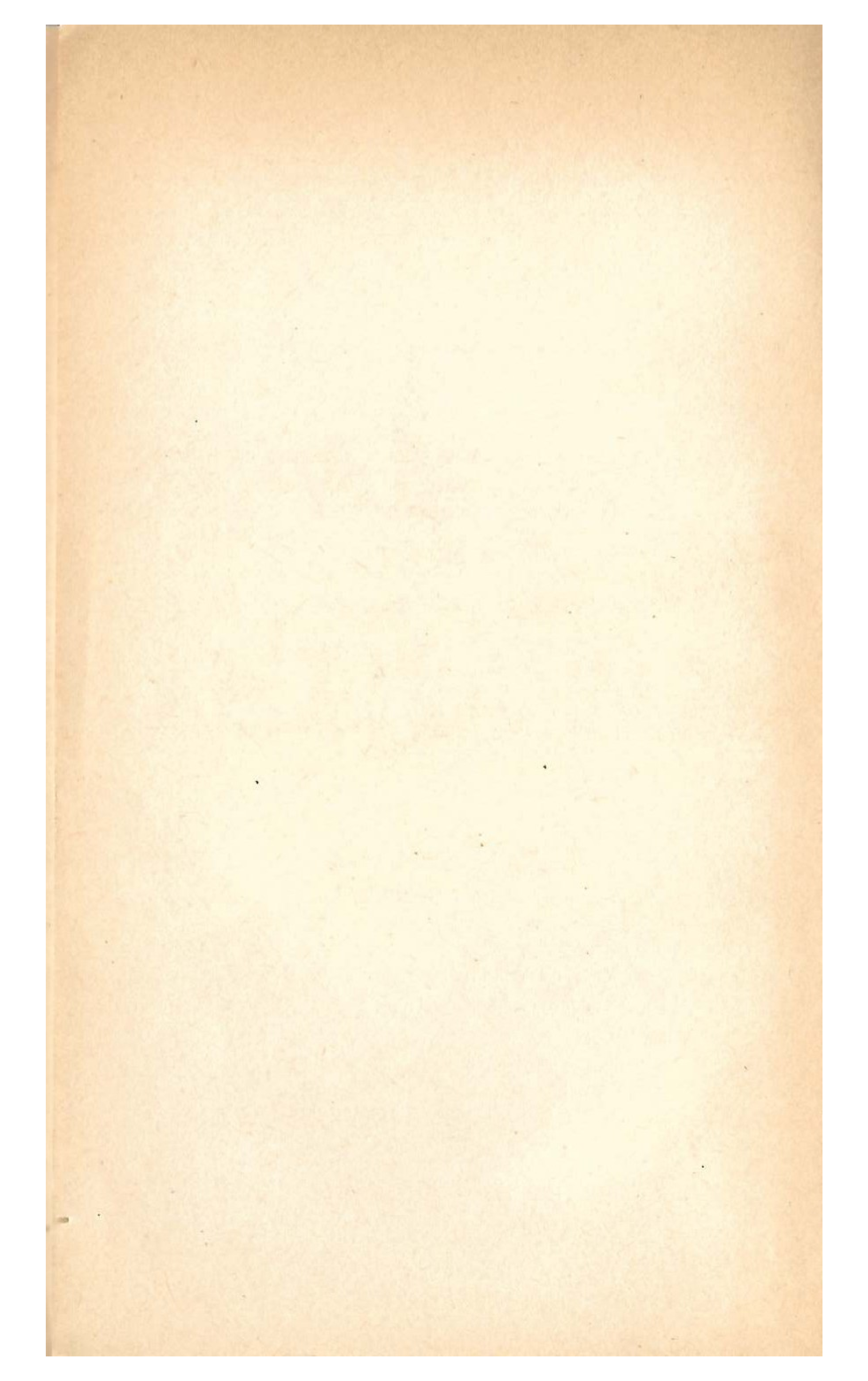
4

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

PYESA



4

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



DR. BARROS BORGOÑO 123, SANTIAGO - CHILE

agradece a sus lectores la confianza depositada en esta empresa y les invita a participar en el Concurso de Cuentos Cortos de Misterio y Terror cuyos premios y bases aparecen en La Revista del Mundo, edición N° 18 (Chile).

Edición autorizada por Ediciones UVE S.A. Circula gratuitamente con LA REVISTA DEL MUNDO.

Inscripción: N° 63585

Impresores: Editorial Antártica S.A.

Impreso en Chile / Printed in Chile

SUMARIO

Pág. 8
ROBINSON II
Pedro Montero

Pág. 30
LOS OJOS DE RY'EH
Jean-Luc Cartier

Pág. 44
NOCHE DE ESTRENO
Arthur W. Carmichael

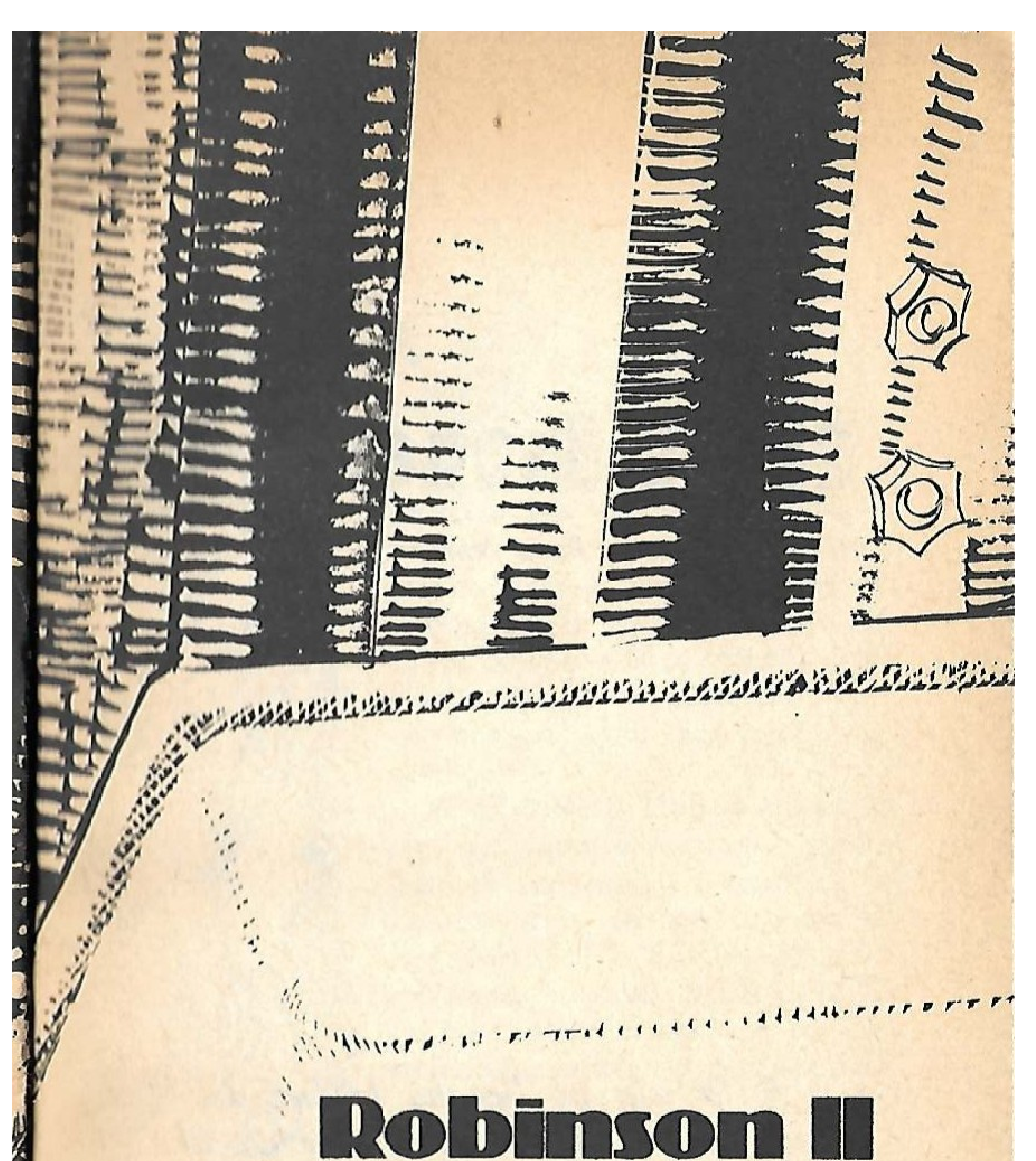
Pág. 68
LA COMPUTADORA
F. Martín Iniesta

Pág. 80
INSOLITO ASESINATO
Víctor Rojo

Pág. 94
LA MASCARA DE LA MUERTE
De H. D. Everett
Versión de Juan Luis Morelli

Pág. 112
EL PROFANADOR
José León Cano





Robinson II

Robinson II

Pedro Montero

A la isla no llegaba la luz del sol; no existía en ella el temor al acecho de las fieras ni noches de luna en que contar estrellas...



ERRÓ la puerta del piso y, casi a tientas, se dirigió al dormitorio, una vez en el cual, después de depositar la maleta sobre la cama, se desnudó, y sin más dilación entró en el cuarto de baño. Necesitaba con urgencia una ducha.

El calor en la ciudad era tanto más sofocante que cuando partió para el veraneo, y a causa de la aglomeración de público en el aeropuerto y las dificultades para encontrar un taxi, había perdido en poco más de una hora los beneficios acumulados por sus maltrechos nervios durante casi veinte días de reposo.

Bajo el agua de la ducha fue serenándose de nuevo, y su pensamiento voló hacia la pequeña playa donde a aquellas horas continuaría bronceándose su esposa. Probablemente era ya una tradición, pero no tenía maldita la gracia que él y otros muchos maridos tuvieran que regresar a la ciudad mientras el resto de la familia permanecía una o dos semanas más gozando de los beneficios del mar y del aire libre. Le esperaban quince días de comer en restaurante y de cenar un bocadillo o unos trozos de pollo frío con la única compañía de la televisión.

Al secarse ante el espejo encontró que su atractivo había aumentado considerablemente con el reposo y la desaparición del color blanco de su piel, sustituido ahora por un suave bronceado. Se hizo mentalmente el propósito de ir a la piscina una vez por semana para conservar aquel favorecedor tono y, ¿por qué no?, de llamar por teléfono a Susana. La idea de un adulterio continuado no entraba en sus planes, pero un fin de semana con su antigua secretaria no podía calificarse de tal modo sin caer en el ridículo; sería lo que suele llamarse una cana al aire, un desliz, en el caso de la dama.

Se disponía a abandonar el cuarto de baño cuando advirtió que el pomo de la puerta era nuevo y de forma diferente. Recordó entonces que, justamente antes de partir para el veraneo, se estropeó el anterior, y había encargado a Juanito la supervisión de los trabajos de instalación de uno nuevo aprovechando cualquier día en que el muchacho se acercara a regar las plantas.

El chico se había portado bien: la cerradura parecía sólida y el metal agradable al tacto, pero seguramente necesitaba algo de lubricante porque todavía no resbalaba con holgura.

Volvió a tomar el pomo e intentó hacerlo girar, pero no pudo conseguirlo. Se cercioró de que estaba instalado del derecho y de que presionaba en la dirección correcta, y tomando con suavidad la manilla, oprimió ligeramente para desbloquear el mecanismo de seguridad que cedió con un chasquido. A continuación movió su muñeca hacia la derecha, sin embargo el pomo se mantuvo fijo en su sitio. De nuevo bloqueó el mecanismo y, muy lentamente, procedió a realizar la operación inversa obteniendo idéntico resultado.

Conteniendo el deseo de agitar bruscamente el tirador, miró por el filo de la puerta para comprobar si el pestillo estaba corrido, pero la madera ajustaba de tal modo con el marco metálico que no era posible ver nada.

Se sentó un instante sobre el inodoro. Los esfuerzos para abrir la puerta habían hecho desaparecer los beneficios de la ducha, y de nuevo se encontraba empapado en sudor.

A sabiendas de que era un truco, permaneció un rato en aquella posición procurando pensar en algo ajeno a la puerta, y al cabo de unos minutos se levantó canturreando, se aproximó al espejo y pasó un peine por sus cabellos; se dio la vuelta con aire pretendidamente distraído y, poniendo su mano con toda naturalidad sobre el tirador, intentó abrir: inútil.

Le invadió una rabia sorda y, perdiendo la calma, tiró con fuerza del pomo varias veces pretendiendo violentarlo a riesgo de inutilizar la nueva cerradura, pero el mecanismo no giró ni un milímetro a pesar de la brusquedad de los tirones. Entonces tomó la decisión de destruirlo; no estaba dispuesto a pasarse allí el resto del día forcejeando con una puerta.

Antes de pasar a la acción dio varios tirones más en todas las direcciones, pero resultó una pérdida de tiempo. El mecanismo se había atascado definitivamente: iba a oírle aquel estúpido de Juanito en cuanto le echara la vista encima, y los de la ferretería, y los instaladores. Con toda seguridad, y aprovechando su ausencia, le habían colocado una mala cerradura para cobrársela después a precio de oro, aunque observándolo detenidamente, aquello tenía todo el aspecto de ser un artículo de calidad. El pomo parecía extremadamente sólido, y se introducía en la puerta rodeado por un aro de metal; no había embellecedores ni tornillos a la vista, por lo que sería preciso romperlo por completo ante la imposibilidad de desatornillarlo.

Volviéndose hacia el lavabo abrió un grifo, con tan mala fortuna, que la presión del agua resultó excesiva y salpicó los baldosines del suelo. Mascullando una maldición corrigió el caudal del líquido y se humedeció la cara y el torso.

Al enjugarse el rostro con la toalla, sus pies resbalaron en el agua vertida, y perdiendo momentánea-

mente el sentido de la orientación, se golpeó la muñeca contra el mármol del lavabo produciéndose un dolor agudísimo. Arrojó la toalla contra el suelo y la pisoteó con furia mientras escondía la muñeca lastimada bajo la axila opuesta para tratar de calmar así el dolor.

Recogiendo el agua del piso con la toalla la arrojó seguidamente a un rincón. Por un momento le había pasado por la imaginación la idea de lanzarse contra la puerta y golpearla varias veces con el peso de su cuerpo para ver si cedía, pero después recordó que se abría para adentro, por tanto, resultaba inútil propinarle empellones, salvo que alguien lo hiciera desde el exterior.

Dispuesto ya a destruir la cerradura nueva, era preciso buscar los instrumentos más adecuados. Podría utilizar la báscula de baño o la banqueta en el caso de que conviniera un golpe seco, pero primero era preferible intentar desencajarla mediante sistemas más racionales. La fuerza bruta quedaba reservada como último recurso.

Abriendo el armarito de baño, extrajo de él todo aquello que pudiera serle útil: tijeras, un cortauñas, limas de manicura, un calzador, un cepillo con mango de plata, y hasta una pequeña radio de transistores que tanto él como Illana tenían costumbre de escuchar mientras se aseaban.

De aquel arsenal las tijeras se revelaban como el instrumento más valioso y el mango metálico del cepillo podía hacer las veces de martillo.

Ante la imposibilidad de introducir una hoja de la tijera entre la puerta y el marco para tratar de romper el vástago metálico, le pareció más indicado ir golpeando alrededor del pomo y llegar así al seno de la cerradura. Colocó las tijeras de punta y, utilizando el cepillo a manera de mazo, golpeó repetidas veces hasta que el extremo afilado de la hoja penetró en la madera y chocó contra algo duro. Consideró que trazar un círculo entorno al pomo iba a costarle más de una hora en vista de lo rudimentario del instrumental.

Continuó trabajando, y cuando el círculo estuvo pespunteado, introdujo el calzador como si se tratara de una cuña e hizo saltar el redondel de fina madera: todo había sido una pérdida de tiempo. La cerradura era mucho más amplia de lo que había supuesto, y de nada servía dejar al descubierto parte de su superficie.

En un rapto de ira tomó la báscula de baño y, alzándola sobre sus hombros, asestó un tremendo golpe sobre el pomo dorado que se rompió y cayó al suelo rebotando. Ahora sí que era inútil actuar sobre la cerradura. Lo más sensato era cambiar de táctica e intentar desencajar la puerta por la parte de las bisagras, pero tal vía quedó descartada al comprobar que aquellos mecanismos giratorios no estaban al descubierto, sino que, por medio de algún sistema cuyos pormenores ignoraba, los goznes no asomaban al exterior.

Descartada, por tanto, la idea de desencajar la puerta, no quedaba otro remedio que acudir a la solución definitiva e infalible, aquella cuyo empleo había estado postergado para no echar a perder del todo el batiente.

Volvió a sentarse sudoroso y un punto histérico a fin de considerar cuál sería el lugar más favorable por donde agujerear la puerta. Seguramente lo más indicado era practicar un orificio cerca de la cerradura a fin de permitir el paso de su mano y probar suerte desde el exterior; quizá un leve giro le franqueara el paso sin más complicaciones que las ya habidas. En todo caso, y si esto fallaba, siempre había tiempo de agrandar el agujero y salir a través de él.

Se quitó el reloj de pulsera y lo depósito sobre una repisa comprobando con asombro que llevaba encerrado cerca de dos horas y media; con razón comenzaba a sentir hambre.

Buscó en la pequeña radio algo de música para que la tarea se le hiciera menos pesada, pero no había más que melodías estridentes y presentadores chillones. Por fin localizó una estación que emitía música más

pausada y, tomando la tijera y el cepillo, comenzó a martillear a unos cuantos centímetros del pomo, calculando que en aquel punto ya no había peligro de tropezar con la cerradura. Pronto advirtió, no obstante, que golpeando con el cepillo, cuyo mango comenzaba a abollarse, tardaría demasiadas horas en lograr su objetivo; así pues, buscó un fragmento de la báscula, desintegrada cuando la arrojara contra el pomo, y lo usó como si fuera un martillo.

«Ahora que se encontrará usted disfrutando de la brisa del mar —decía la radio—. Ahora que su cuerpo es acariciado por el agua, piense en Bronzine, la única loción bronceadora con triple efecto. ¡Bronzine!»

La música continuó, y él se sintió doblemente frustrado al saberse lejos de las olas y al no haber revelado el locutor en qué podía consistir aquel triple efecto. ¿Podría ser —elucubró— broncear rápidamente, el primero; proteger la piel de los rayos nocivos el segundo?, pero, ¿y el tercero? ¿Acaso era también depilatorio o procuraba a la piel vitaminas de insospechado efecto nutritivo?

Desechando tales pensamientos volvió a su tarea. La afilada punta de la tijera iba penetrando en la madera, aunque no tan profundamente como hubiera sido de desear. ¿Era tan duro el conglomerado? Continuó martilleando, pero una de las veces calculó mal el golpe y la tijera, ladeándose repentinamente, se le incrustó en la palma de la mano. Lanzó un grito al sentirse herido y soltó el fragmento de báscula; la hoja de la tijera había penetrado tan profundamente que continuaba colgada de su mano.

Temblando de dolor y de ira, se arrancó el afilado instrumento, y la sangre goteó manchando el suelo. Buscó algodón, antiséptico y vendas en el armario y procedió a una cura de urgencia. Después de todo era una suerte no haberse quedado encerrado en la cocina. Allí no había alcohol ni vendas, pero sí comida —se dijo—: galletas, patatas, aceite, latas de

conserva, y sobre todo una magnífica ventana desde donde pedir auxilio.

Mientras terminaba de vendarse le pasó por la imaginación la idea de que quizá le fuera imposible echar la puerta abajo, y más ahora que estaba inválido. ¿Qué podría hacer entonces? En ninguno de los pisos circundantes había nadie, de eso estaba seguro, e Illana no regresaba hasta dentro de quince días, como la mayoría de los veraneantes. Sería inútil, por tanto, golpear en las paredes para pedir auxilio, porque nadie le oiría, y aunque por una broma del destino tenía abundante provisión de agua, ¿cuánto tiempo podía resistir un hombre sin comer? ¿y cuánto tiempo tardaría en perder aquel maravilloso bronceado?

De súbito experimentó una gran alegría al recordar que Juanito había quedado en venir a regar las plantas una vez por semana. En el supuesto de que lo hubiera hecho ayer, lo que era situarse en el punto de vista más desfavorable, tendría que volver dentro de... ¡siete días! Y eso si no se le olvidaba o decidía mandar las plantas al diablo.

El día en que le pillara iba a sacarle la piel a tiras, por lo de la cerradura y por no venir a regar las flores. Iba a presentarse en su casa y... Pero esto era adelantarse a los acontecimientos. No le cabía la menor duda de que el muchacho, así como había cumplido fielmente (¡y de qué manera!) el encargo de la cerradura, no dejaría de aparecer por casa a cuidarse de las macetas de Illana.

A todo esto, y resumiendo la situación, se encontraba sin ropa que ponerse, salvo una ridícula bata de su mujer, tenía una mano herida que apenas podía manejar sin sentir horribles dolores, y era presa de un hambre descomunal. Miró su reloj de pulsera que señalaba las nueve menos cuarto. ¿Cómo era posible que llevara encerrado desde la una y media del día aproximadamente? Se encontraba en una situación absurda e ilógica, pero tremendamente real.

No iba a detenerse en hacer un agujero cerca de la

cerradura por donde cupiera su mano derecha; en cuanto recuperara fuerzas practicaría un gran orificio en el centro del batiente, y al diablo la puerta.

Tomó una nueva ducha para relajarse procurando mantener fuera la mano herida, y acto seguido se dispuso a la tarea con renovado optimismo.

Con grandes precauciones tomó la tijera y la envolvió con una toalla no dejando libres más que la parte de la punta y el extremo contrario, sobre el que comenzó a descargar grandes golpes con el mayor fragmento de báscula que pudo encontrar. Practicaría una serie de agujeros trazando un gran círculo a la medida de sus hombros y luego unas cuantas patadas bastarían para hacer saltar el redondel de madera.

Tal y como lo había planeado, comenzó a perforar en la mitad de la puerta para continuar después hacia abajo.

Impulsada por el fragmento de báscula, la tijera penetraba atravesando la chapa externa, y a continuación el conglomerado, hasta que encontró una gran resistencia, como si el puntiagudo instrumento hubiera topado con una superficie particularmente dura.

El prisionero en su propio cuarto de baño no cejó en sus esfuerzos y siguió aporreando con vigor hasta que se oyó un ruido metálico y un fragmento de la tijera pasó zumbando junto a su oído para ir a chocar contra la mampara de cristal de la ducha. Ramiro no se detuvo, y usando el resto del instrumento como si fuera un berbiquí, dejó al descubierto un pequeño círculo del tamaño de una moneda de la superficie que había opuesto tanta resistencia a la tijera.

Sopló para dejar el orificio libre de serrín e introdujo un dedo raspando con la uña. Aquello parecía...

De pronto recordó y, poniéndose en pie, descargó una fenomenal patada sobre la puerta al tiempo que arrojaba al suelo lo que había venido usando como martillo. Cuando dos años atrás se cambiaron de piso escogieron éste, atraídos precisamente por los sistemas de seguridad que había instalados, entre los que se contaban la alarma en todas las ventanas, puerta

exterior blindada, moqueta ininflamable... y puertas especiales a prueba de ruidos y con cortina metálica antiincendio.

Había caído en su propia trampa y, al comprenderlo, se lanzó contra el batiente repetidas veces hasta que sintió su hombro abotagado por el dolor, pero no cejó, y con renovado ímpetu, descargó una serie de patadas en la zona de la cerradura. Levantó la banqueta de patas metálicas golpeando la puerta con tal desesperación que el asiento de formica saltó hecho astillas, y el resto se le desbarató entre las manos. Había comprendido que jamás podría abrir aquella puerta desde dentro. Carecía de instrumentos adecuados para inutilizar el pestillo, las bisagras no se hallaban a la vista y, aunque probablemente no hubiera servido de nada, carecía de cualquier cosa parecida a una palanca con la que hacer presión introduciéndola por la estrechísima ranura junto al suelo.

Así pues, la única alternativa que se le ofrecía de momento era intentar llamar la atención haciendo ruido, aunque existían escasas posibilidades de que la maniobra tuviera éxito, porque la única esperanza estribaba en que los golpes se oyeran en la otra escalera, en alguno de cuyos pisos quizá hubiera gente. Los porteros vivían en el bajo posterior del ala izquierda, y con toda seguridad, sabiendo deshabitada aquella zona de la casa no se molestarían siquiera en hacer limpieza de las escaleras. Estaban advertidos de que Juanito vendría a regar las plantas una vez por semana, y era muy probable, como había ocurrido en años anteriores, que el muchacho tuviera la exclusiva del regadío en los cinco pisos restantes, porque como Illana declaraba continuamente, se trataba de una persona de confianza capaz de realizar cualquier encargo por delicado que éste fuese.

Permaneció golpeando la pared hasta las once y media sin otro resultado que un fuerte dolor de cabeza, y ya cerca de las doce, se le ocurrió que, mejor que indiscriminadamente, debería golpear utilizando

alguna clave, el morse, por ejemplo, pero no conocía el código, y se maldijo por no haberse molestado nunca en aprenderlo. Sin embargo, lo que sí podía hacer, como en el caso de una película que había visto, era aporrear con cierta lógica que hiciera suponer a los posibles escuchas que la percusión no procedía de una obra intempestiva, sino de alguien inteligente que deseaba establecer comunicación.

Así pues, eligió una sinfonía de identificación que consistía en cuatro golpes seguidos y una pausa, algo similar a los primeros compases de la quinta sinfonía de Beethoven, pero monocordes.

Estuvo tratando de ser oído hasta las tres y media de la madrugada, después, muerto de hambre, se quedó dormido y soñó que se encontraba encerrado en la cámara funeraria de la gran pirámide.

Se despertó angustiado cerca de las cinco, y decidió apagar la luz para crear, aunque fuera artificialmente, la ilusión del ciclo día-noche. Luego soñó que era Robinson Crusoe.

Se despertó definitivamente a las ocho, y después de forcejear un poco con la puerta, decidió hacer limpieza del cuarto, ya que era posible que tuviera que vivir allí durante tres o cuatro días. Ordenó las toallas, barrió los restos de la banqueta y los pequeños fragmentos de madera, y se desayunó con un vaso de agua. El asunto de la comida le preocupaba relativamente: con agua a su disposición podría resistir el tiempo preciso para salir de aquella estúpida situación.

Obsequió a las paredes con una sesión de media hora de golpes (por si acaso) y decidió hacer una vida ordenada y racional: una hora de gimnasia, ducha, afeitado, limpieza de dientes (aunque no hubiera nada que limpiar) repertorio de golpes de media en media hora y, por último, pensó en hacer un inventario riguroso de todo lo que había en el cuarto de baño. Lo que no quiso incluir en el horario fueron los sordos empellones a la puerta y el rosario de patadas cada vez que reparaba en ella.

Abrió el armario de baño, y tomando un fragmento de papel higiénico y un lápiz de cejas de Illana, comenzó a hacer una lista de los restos del naufragio. ¿Del naufragio? —se preguntó.

A poco de haber iniciado la confección de la lista, escuchó un ruido. Se aproximó emocionado a la puerta y aplicó el oído a ella: el corazón le latió con más fuerza al comprender que alguien estaba franqueando la entrada del piso. Sin duda Juanito venía a regar las plantas.

Llenó de aire sus pulmones y gritó con toda la fuerza de que fue capaz el nombre de Juanito, pero simultáneamente a su llamada, y ahogándola, un fantástico estruendo invadió la casa.

Permaneció anonadado unos instantes, y a continuación la luz se hizo en su cerebro: el maldito chico, aprovechando que se hallaba solo en la casa había conectado a todo volumen el carísimo equipo estereofónico. Ramiro gritó y gritó, pero sabía por experiencia que su equipo era capaz de generar tal cantidad de sonido que, incluso en la misma habitación, era imposible hacerse oír de los demás, máxime encontrándose como él al fondo del pasillo y tras una puerta. Pero no cejó. Sabía que aquella era una oportunidad única, y volvió a gritar hasta desgañitarse. Golpeó la puerta con todas sus fuerzas esperando inútilmente ser oído en una pausa de la música: el maldito imbécil había conectado el sintonizador de radio con una emisora que no establecía pausas entre las berreantes canciones.

Le llamó cien veces y se dejó las uñas contra la chapa de la puerta. Cuando saliera de allí iba a propinarle una paliza descomunal por haberse permitido tocar lo que no era suyo.

De pronto se le ocurrió una idea para asegurarse de que, en efecto, era aquel imbécil el que se encontraba allí para regar las plantas. Sin dejar de gritar y de dar golpes en la pared, abrió un grifo del lavabo, y comprobó que el caudal de agua disminuía ligeramente de vez en cuando, señal inequívoca de que el

majadero estaba llenando la regadera en la cocina. Su única oportunidad estribaba en que, al marcharse, aquel subnormal melómano le oyera en el transcurso de tiempo que habría de mediar entre la desconexión del estéreo y su llegada hasta la puerta, porque podía darse por seguro que aquel oligofrénico profundo no dejaría de oír música hasta el último segundo de su permanencia en el piso.

De pronto se le ocurrió que si abría y cerraba el grifo de vez en cuando, cabía la posibilidad de que Juanito dedujera, lo mismo que él había hecho, que alguien estaba actuando sobre un grifo en otro punto del piso, pero, pensándolo mejor, comprendió que la idea era demasiado sutil para estar al alcance de aquel cretino de pelo largo.

¡Cómo no lo había pensado antes! Lo que sí daría resultado era provocar una inundación abriendo todos los grifos para que el agua saliera al pasillo. Era de suponer que aquel estúpido comprendería que algo anormal estaba pasando en el cuarto de baño.

Se abalanzó sobre el lavabo y abrió los dos grifos a tope, hizo lo mismo con el bidé y la bañera, colocando los tapones correspondientes, y esperó a que el agua rebosara. Por fin ocurrió. Lentamente, pero de forma inevitable, el líquido salió al pasillo, se fue extendiendo silenciosamente sobre el parquet y llegó hasta el umbral del comedor, donde se detuvo un instante hasta que alcanzó el nivel suficiente para sobrepasar la barra dorada que sujetaba la moqueta.

Ramiro gritaba y gritaba sin cesar de golpear, como si jaleara el recorrido del líquido elemento. Se detuvo un instante para imaginar por dónde llegaría ya el agua, y en aquel momento se hizo un silencio sepulcral: el muchacho había desconectado el equipo estereofónico.

Con la velocidad del rayo, Ramiro se dispuso a descargar un fortísimo golpe sobre la madera de la puerta, pero con tan mala fortuna que, al levantar los puños, sus pies mojados resbalaron, y perdiendo el equilibrio, se estrelló contra el suelo golpeándose de

tal modo que se quedó sin respiración. Un instante después, todavía en el suelo y sin resuello, oyó cómo la puerta del piso se cerraba de golpe.

Se maldijo cien mil veces y pateó con desesperación sobre los baldosines encharcados. Ahora sí que estaba listo. Aquel hijo de mala madre no volvería por lo menos hasta dentro de una semana.

Levantándose maltrecho, procedió a dejar escapar el agua acumulada en la bañera y demás sanitarios, y durante unos minutos, permaneció sumido en un profundo abatimiento. De pronto se incorporó alarmado: él no había vuelto a cerrar los grifos después de provocada la inundación, y sin embargo el agua había dejado de manar.

Se abalanzó sobre el lavabo, pero allí no quedaba ya una gota, ni en el bidé tampoco. El escaso líquido que aún contenía la bañera se escapaba a borbotones formando un remolino en el desagüe.

Colocó el tapón con la velocidad del rayo, y calculó que habían quedado unos dos litros que, bien administrados, podían subvenir a sus necesidades durante unos días. Aquel idiota, creyendo quizá obrar adecuadamente, había cortado el agua cerrando la llave general.

Tras una sesión de golpes, se decidió por continuar el inventario de todo lo que había en el cuarto de baño y podía serle de utilidad.

El gran hallazgo fue dar con toda una colección de productos de belleza de Illana: crema de pepinos para el cutis, pomadas de lanolina, crema vitaminizada para las manos, loción proteínica... Al descubrir tal cantidad de proteínas y vitaminas, aumentó su maltrecho optimismo: aquello tenía que ser por fuerza alimenticio.

Había también varias barras de labios (cuya base era grasa), algunos lápices delineadores de cejas que le podían ser útiles para escribir, peines, compresas, leche de belleza corporal (¿tendría algún parentesco con los productos lácteos?), una caja de polvos (¿se-

guirían siendo de arroz?) un tubo de vitamina C efervescente, antisépticos, útiles de afeitar, etc.

Había también una gran cantidad de medicinas en forma de píldoras de todos los tamaños y colores, que podrían ser útiles si acaso...

Sacudió la cabeza para disipar tan lúgubres pensamientos, y colgó de la pared la lista que había confeccionado en un fragmento de papel higiénico. A continuación consideró que ya era hora de cuidarse del estómago, y se decidió por tomar Redoxón, así ingería a la vez líquido y vitaminas.

Soltó la gran pastilla anaranjada en un vaso de agua y permaneció absorto contemplando el burbujeo. Se sentó confortablemente en el inodoro y bebió el líquido a sorbitos.

Apuró hasta la última gota y se sintió reconfortado. Era perfectamente capaz de resistir en aquella situación hasta que llegara su esposa. ¡Naufragios a mí! —se dijo—. Iban a enterarse de quién era Robinson Crus...

Decidido a mantener la limpieza a toda costa, humedeció un fragmento de papel higiénico en unas gotas de agua que quedaban en la cavidad del bidé y lo pasó por su rostro. La barba le había crecido considerablemente, pero como no usaba maquinilla eléctrica, y el agua era escasa, no podía afeitarse. No importa —consideró, con toda probabilidad Robinson...

Tras haber apurado la última gota de vitamina C, depositó el vaso sobre la repisa de cristal, con tan mala fortuna que su reloj de pulsera, que se hallaba sobre el estante, cayó al suelo y dejó de funcionar.

«¡Maldición!», se lamentó al advertir que había perdido un poderoso auxiliar para mantener su ciclo de vida regular. Pero todavía le quedaba la radio, y en previsión de otro posible accidente la colocó en el suelo.

Tomando un fragmento de papel higiénico confeccionó un calendario en el que cada día transcurrido sería señalado con una rayita; el domingo cruzaría las siete con otra horizontal. Pasadas cuatro semanas en-

cerraría las rayas correspondientes en un círculo, y al cabo de un año...

Se llamó imbécil varias veces por permitirse desbarrar de manera tan insensata, y para distraerse se decidió por un concierto de golpes alternando en las diferentes paredes. El espesor y la consistencia eran distintos en los muros, lo que permitía extraer diferentes tonalidades, y, finalmente, consiguió interpretar con una cierta aproximación, un movimiento de la quinta de Beethoven. Pon... pon... pon... pooon...

Por la mañana siguiente comprobó horrorizado que no quedaba ni gota de agua en la bañera: seguramente el tapón no ajustaba bien, y el líquido se había ido durante la noche. Desesperado, golpeó la puerta sin orden ni concierto, olvidando la clave inteligente, y lloró. Lloró con desconsuelo.

Abrumado por la crítica situación, extrajo del armario una botella de alcohol y se sirvió una generosa ración en el vaso.

Al cabo de unos minutos se sintió de nuevo eufórico y esperanzado. Un trago resultaba conveniente en las situaciones apuradas y dos todavía más, se dijo sirviéndose de nuevo. Le entró una risa incontenible. ¿No era ridícula aquella situación? Ya lo creo, absolutamente cómica. Qué juerga el día en que se presentara Illana encontrándole borracho en el cuarto de baño, porque había alcohol suficiente para un montón de trompas.

«¡Quince hombres sobre el cofre del muerto! ¡Ah, Ah, Ah! ¡Y un gran frasco de ron!» —cantó a voz en grito.

De pronto, por un minúsculo agujerito a ras del suelo, asomó la cabeza de una cucaracha. Ramiro la saludó encantado de poder conversar por fin con alguien.

«Hola, preciosa, qué morenita estás», y como la cucaracha no se dignara responder continuó: «Orgullosa. Todas sois iguales.»

El insecto avanzó un trecho, y después inició el camino de regreso a su hogar, pero antes de que al-

canzara el agujero, Ramiro la atrapó colocando el vaso boca abajo contra el suelo.

«¿Dónde ibas? Me encandilas y luego desapareces, ¿verdad? Ven aquí conmigo. ¿No ves que solo me aburro? Tú me harás compañía.» Y tomando un frasco del armario lo vació de pastillas e introdujo en él a la cucaracha. A continuación, vertiendo una gota de alcohol en el interior del botellín, dijo: «Te llamaré Viernes, en recuerdo de que fue en ese día de la semana cuando nos conocimos. ¡Hic!«

«Notas de mi diario»
Día 19 de agosto.

«Me hallo sentado en el suelo para no consumir demasiadas energías. A mi alrededor he dispuesto los tres rollos de papel higiénico y varios lápices. He decidido llevar un diario para mantenerme ocupado y no perder la agilidad mental.»

«Esta mañana al levantarme me encontraba muy débil. He golpeado la pared durante cerca de una hora, pero no ha ocurrido nada. Tengo una sed abrasadora y un hambre atroz.»

«He dado a probar a Viernes una gota de leche suavizante, y parece que le ha gustado. He observado su comportamiento durante largo rato y no le ha ocurrido nada anormal, por lo que me dispongo a ingerir un tubo entero.»

«Es por la tarde. Mi extrema debilidad ha aumentado debido a una colitis fulminante. Seguramente nuestra raza no está habituada a ciertos alimentos típicos de esta isla. Como un imbécil he tirado después de la cadena sin advertir que en el depósito había varios litros de agua preciosísima que ahora he perdido.»

....

«Después de las noticias de las nueve y media he golpeado la pared durante cerca de una hora. Inútil. El tiempo ha empeorado bruscamente según la radio

de a bordo. Ojalá caigan chuzos de punta e Illana se vea forzada a regresar.»

Día 21 de agosto.

«Me he desayunado con crema de pepinos. El sabor no es malo, aunque un poco soso. He dado también a Viernes su ración.»

«Sobre las doce y media ha sonado el teléfono varias veces, y otra vez a los cinco minutos. ¿Sería Illana? No creo. Con la barriga al sol y suponiendo que yo trabajo como un mulo para subvenir a sus necesidades, no se preocupa de preguntar por mí. De la oficina, tampoco. Me creen todavía en la costa.»

....

«Trato de enseñar a Viernes algunas palabras sencillas, pero sin resultado.»

....

«Cada vez tengo menos fuerzas para golpear las paredes y me canso a los pocos minutos. ¿Cuándo volverá Juanito?»

«La comida no ha sido mala, aunque un poco desabrida: de primero crema vitaminizada para las manos, después una ración de loción proteínica, y de postre polvos de arroz con leche para el cutis. Todo ello abundantemente regado con una generosa dosis de alcohol.»

....

«Me he despertado de la siesta creyendo oír la sirena de un barco, pero seguramente se trataba de un sueño, porque he permanecido atento durante largo rato y no he vuelto a oír nada.»

Día 22 de agosto.

«Mi fiel Viernes se encuentra mal. Apenas se mueve, y tiene mala cara. ¿Irá a abandonarme en la soledad de esta isla desierta? No podría soportarlo. He puesto a su alcance unos fragmentos de aspirina y parece que se ha reanimado algo.»

«Me he pasado la mañana dando golpes en las paredes y patadas en la puerta. Hace calor. Según dice una señorita, el tiempo ha vuelto a mejorar. No

comprendo cómo lo sabe si se pasa todo el día encerrada en una cajita...»

....

«Me está desapareciendo el bronceado. Qué lástima. En cambio Viernes continúa tan negra como al principio. ¡Los hay con suerte!»

23 de agosto.

«Apenas puedo moverme. La comida se está terminando, y sólo queda media botella de alcohol, o menos. Comienzo a desesperar de que pase algún barco. Esta isla debe estar completamente alejada de las rutas comerciales.»

«Ha vuelto a venir Juanito. Entre el atronador volumen de la música y la debilidad que apenas me permite dar golpes, no ha oído nada, pero lo peor es que el muy hijo de mala madre ni siquiera ha regado las plantas, porque no ha salido ni una gota de agua por los grifos. Seguramente se ha limitado a oír música bebiéndose mi coñac. ¡Delincuente! ¡Anormal!»

....

«Ojalá desembarcara alguien aunque se tratara de piratas. De todas formas mi suerte no puede empeorar. Apoyo la cabeza contra la puerta, pero no oigo ningún batir de remos.»

....

«Me muero de hambre y de sed. ¿Acabaré practicando la antropofagia y devorando a mi fiel Viernes? Eso nunca. Bajo su piel negra late un corazón como el mío.»

....

«Más tarde o más temprano tendré que decidirme a beber agua de ese pequeño pozo, pero está tan sucia y huele tan mal...»

Día 27 de agosto.

«Permanezco la mayor parte del día dormido. No me quedan alimentos, y estos rollos de papel finísimo que logré rescatar del barco no hay quien pueda pasarlos sin la ayuda de un líquido. Mi Viernes los quiere. ¡Ay dilecto amigo! Sé que aguantarás más que yo. Los de tu raza sois extremadamente resistentes.

Pero no me iré de este mundo sin que aprendas a pronunciar por lo menos mi nombre. Atiende: Ro-bin-son. Es muy fácil, Ro-bin-son Cru-so-e.»

....

«Por ironías del destino he descubierto encima del armario un nuevo tarro. Se trata de crema adelgazante. ¿He de tomarla, Viernes?

....

«Ya todo ha terminado. Mi único alimento consiste en multitud de píldoras, píldoras de todos los colores y tamaños y un resto de alcohol.»

* * *

El día 1 de septiembre, cerca de las dos de la tarde, alguien introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta del piso.

Una dama atractivamente bronceada encendió la luz del vestíbulo y depósito sobre la mesita un pequeño maletín.

—Pase, Julián —dijo Illana manteniendo la puerta abierta.

El portero entró cargado con dos inmensas maletas que a una orden de Illana depositó en un rincón del comedor.

—Ha sido usted muy amable ayudándome —agradeció, para añadir a continuación—: Qué mal huele, ¿verdad?

—No, señora —repuso el empleado, discreto.

—Hombres... —se lamentó ella resignadamente—. Seguro que Ramiro no ha sacado la basura desde hace dos o tres días.

—¿Basura? —preguntó el portero—. ¿Ha estado aquí el señor algún día?

—Lleva aquí desde el quince —repuso Illana ligeramente alarmada.

—Perdone, señora, pero no le he visto, y en el descansillo no había ninguna bolsa.

—Qué extraño —dijo ella. ¿Quiere hacer el favor

de llevar las maletas al dormitorio? Pesan demasiado para mí.

—Hay luz en el cuarto de baño —declaró el portero al pasar camino de la alcoba—. Y sale mal olor.

—¡Dios mío! —exclamó Illana a punto de echarse a llorar—. ¿Ramiro? —llamó.

—Aquí hay ropa —dijo el conserje entrando en el dormitorio— y una maleta.

—¡Cielo Santo! Es la ropa que traía puesta, y ésta es su maleta. ¡Ramiro! ¿Dónde estás? —gritó.

—Cálmese, señora. A lo mejor...

—Qué...

—Puede que se haya quedado encerrado en el baño —aventuró el portero—. Hay luz...

—¡Virgen Santa! ¡Ramiro! ¡Ramiro! —gritó Illana intentando entrar en el baño.

—Déjeme a mí, señora —dijo el empleado, y tomando impulso asestó una feroz patada sobre la puerta que se abrió sin más dificultades. Una oleada de pestilente olor se expandió por toda la casa. Tendido sobre el suelo, y en avanzado estado de descomposición, se encontraba el cuerpo de Ramiro; en el interior de un vaso colocado boca abajo se agitaba vivaz una cucaracha.

Illana contempló el espectáculo con ojos desorbitados y se desplomó desvanecida.

Tres días después de los sucesos que acabamos de relatar, Illana permanecía sentada en el salón sumida en profundos pensamientos, cuando sonó el teléfono interior.

—Señora —dijo el portero—, está aquí el chico que le regó las plantas. ¿Quiere que le pague yo y así no la molesta?

—No es molestia, Julián. Que suba.

A los pocos minutos llamaron a la puerta e Illana salió a abrir. Juanito apareció en el umbral. Vestía un pantalón vaquero y una camiseta que ponía de manifiesto su musculatura.

Illana le franqueó el paso, y dejando que él cerrara

la puerta, se adelantó hacia el salón esperándole allí sonriente.

—¿Cuántas veces viniste a regar? —preguntó.

—Dos en los últimos quince días —respondió el muchacho.

—¿No te llamó o dio golpes en la puerta? —inquirió ella aproximándose al joven.

—Ya lo creo, pero con el volumen de este equipo estereofónico al máximo no se oye nada. Ya lo comprobó la policía —explicó él sonriente mientras la abrazaba—. Lo de la cerradura fue sencillo; una avería tonta que le puede ocurrir a cualquiera.

—Y muy efectivo —añadió ella acariciándole con pasión.

—Tú tampoco estuviste mal. Lo del desmayo resultó muy convincente...

—Creí que te lo había dicho —explicó Illana—. No soporto la vista de las cucarachas.

Los ojos de Ry'eh

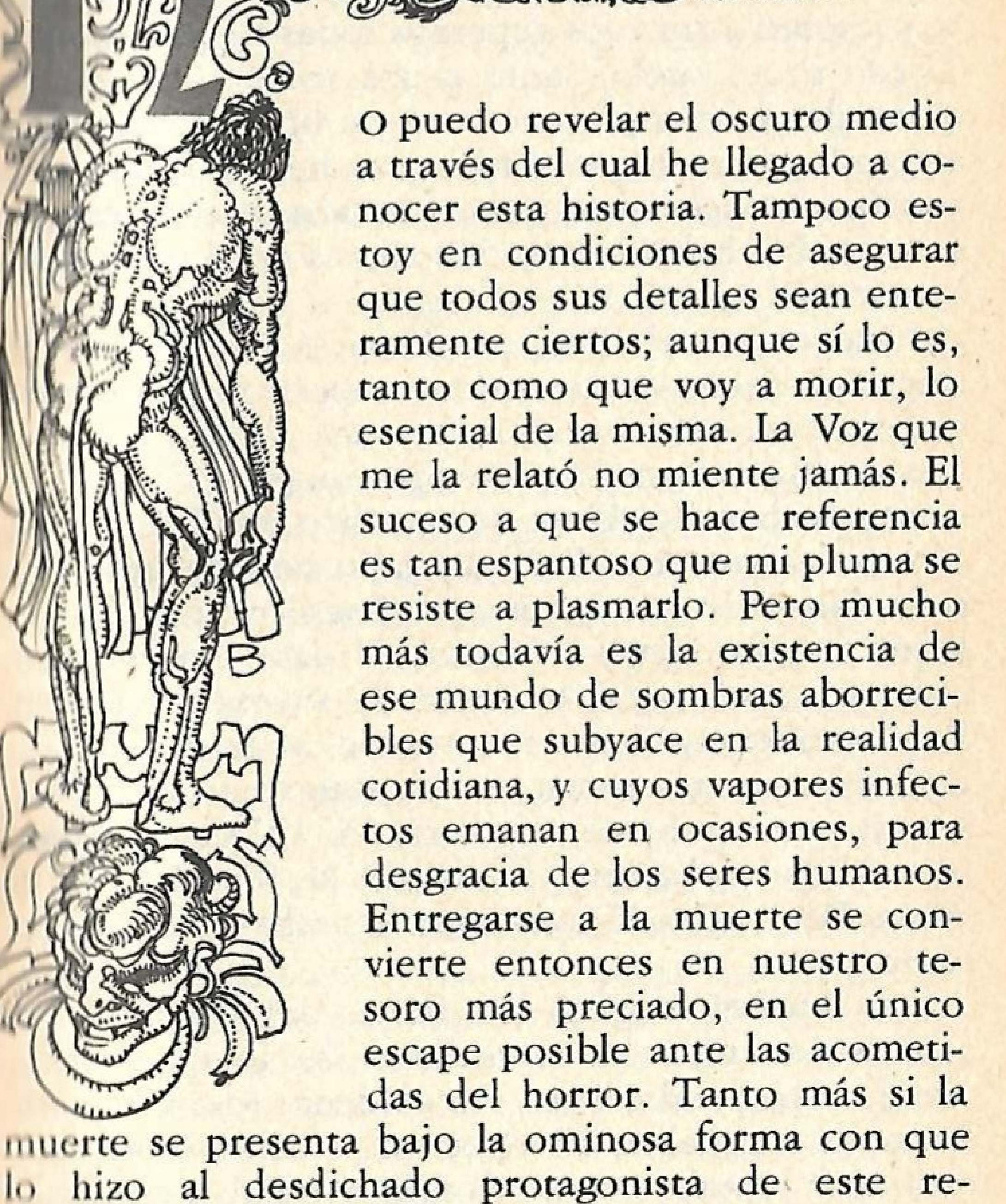




Los ojos de Ry'eh

Jean-Luc Cartier
En homenaje a H. P. Lovecraft

El Libro advertía al lector de su finalidad: ser una guía fiel para adentrarse en las profundidades de las que nunca más se regresa.



No puedo revelar el oscuro medio a través del cual he llegado a conocer esta historia. Tampoco estoy en condiciones de asegurar que todos sus detalles sean enteramente ciertos; aunque sí lo es, tanto como que voy a morir, lo esencial de la misma. La Voz que me la relató no miente jamás. El suceso a que se hace referencia es tan espantoso que mi pluma se resiste a plasmarlo. Pero mucho más todavía es la existencia de ese mundo de sombras aborrecibles que subyace en la realidad cotidiana, y cuyos vapores infectos emanan en ocasiones, para desgracia de los seres humanos. Entregarse a la muerte se convierte entonces en nuestro tesoro más preciado, en el único escape posible ante las acometidas del horror. Tanto más si la muerte se presenta bajo la ominosa forma con que lo hizo al desdichado protagonista de este relato.

* * *

Como todos los sábados, Jean Michel Dantón, escritor de tercera fila («incomprendido», se autotitu-

laba) inició su paseo vespertino por el Mercado de las Pulgas. Un abrigo raído le preservaba malamente del frío. Enero mordía con dientes de hielo a los escasos viandantes, y París soportaba la penumbra de un cielo plomizo. Era el momento ideal para que un hombre de escasos medios de fortuna, como Jean Michel, pudiera hacerse con alguna ganga literaria. Pero la que se presentó a sus ojos superaba todas las previsiones. Tirado en el suelo, junto a una triste colección de quincallas y baratijas, encontró un libro singular. Sus arrugadas tapas de pergamino y su herrumboso cierre metálico evidenciaban que se trataba de un ejemplar antiguo. No había inscripción alguna en el lomo ni en la portada.

Atraído por el libro, se descalzó los guantes de lana. Sus dedos entumecidos conocieron, al levantar el volumen, una sensación insólita. Pesaba bastante más de lo esperado, a juzgar por su grosor y dimensiones de bolsillo. El cierre metálico, oxidado y frío, ofrecía resistencias. Daba la impresión de no haber sido abierto en mucho tiempo. Logró vencer esas resistencias con algún esfuerzo. Al darle una primera hojeada comprendió la razón de su excesivo peso. Sus amarillentas hojas eran todas ellas de pergamino, y estaban escritas a mano en un francés arcaico. Pero lo más impresionante era su título: «Necronomicón, por Abdul Alhazred, traducido al francés por el Abate Bernard de Grave», que figuraba en la primera página.

Jean Michel traspasó los límites del asombro, negándose a creer en la realidad de lo que estaba viendo y palpando. Pero era evidente que sus sentidos no le engañaban. El «Necronomicón», aquel libro maldito y reputado como ficticio que había inspirado las estremecedoras visiones de Lovecraft, estaba ahora entre sus ateridas manos. Lo compró por un precio irrisorio. Tan ansioso estaba por leerlo que no le importó coger un taxi para llegar a su buhardilla cuanto antes.

Lo abrió con impaciencia. La frase inicial le pro-

dujo un escalofrío: «Este libro te servirá de guía para un viaje a las profundidades de las que nunca más se regresa.» Conocía las terribles leyendas que, ofrecidas como meras ficciones literarias, circulaban en torno a ese Libro, y por un momento dudó de continuar su lectura. Pero la fascinación que sobre él ejercía era más fuerte que su prudencia. «Tu madre —continuó leyendo— te arrojó del útero al tiempo que arrojaba la inmundicia de los intestinos. Manchado quedaste con ello, y esa infecta caricia es la señal de tu existencia miserable. No habrá compasión para ti, ni hallarás liberación alguna cuando regreses al excremento.»

Sospechó que, de seguir leyendo, su espíritu sería atraído hacia viscosas oscuridades. Aunque a fin de cuentas —reflexionó— no era otra cosa que un libro, y hacía mucho tiempo que la lectura de cualquier relato, por escalofriante que fuera, hubiera podido quitarle el sueño. Reconfortado por esa idea prosiguió la lectura. El siguiente párrafo, aunque igualmente terrible, ya no le pareció tan espantoso: «Cuando termines de escribir el libro de tu vida —decía—, la biblioteca de la muerte verá aumentado su milenario patrimonio con un nuevo volumen. No importa que tus líneas sean torcidas o derechas, que escribas con letra clara o confusa, que engarces los acontecimientos con sabiduría o que te dejes arrastrar por el horrendo curso de lo inevitable, que cuentes una historia feliz o desgraciada, que dejes pasar tus páginas en blanco o que las impregnes de fuertes emociones, ávidamente abrazado a la inexorable fugacidad de los minutos. En cualquier caso nada puedes hacer por tu vida, ya que el dios que te alienta acabará ahogándose para siempre en tu garganta. En consecuencia, conviene que conozcas desde ahora cuáles son los perennes Reinos del Gusano y la extensión infinita de sus dominios.»

Al llegar a este punto se sorprendió a sí mismo con una reacción instintiva: cerrar el Libro de golpe. Recordó que, según se decía, la desgracia, en forma de

locura o de muerte violenta, alcanzaba siempre a quienes habían tenido acceso a ese texto maldito, empezando por el propio H. P. Lovecraft. En círculos esotéricos se aseguraba que la espantosa lucidez de Poe, y la desdicha que acompañó su vida, habían tenido su origen en la lectura del «Necronomicón», aunque el pundonor literario le impidiera reconocer que su principal fuente de inspiración había sido esa obra execrable. También se afirmaba que la Inquisición española no siempre entregaba a las llamas los libros maléficos que llegaban a sus manos. Y que gracias a eso pudo regalar a Urbano V un ejemplar del «Necronomicón» arrebatado a un nigromante judío de Toledo. El Papa conservó el ejemplar, pero mandó esconderlo en el más inaccesible rincón de la Biblioteca Secreta del Vaticano, sin que durante siglos ningún dignatario de la Iglesia se hubiera atrevido a leerlo. Por supuesto, nadie disponía de datos objetivos con los que respaldar semejantes historias, pero también se había considerado imaginario el propio Libro, y él podía constatar con sus propios ojos que no lo era.

Hacía mucho frío y Jean Michel, falto de recursos, había adoptado la costumbre de leer y escribir metido en la cama. Depositó el Libro en la mesilla de noche y se arrebujó entre las mantas. Desde hacía dos meses no había conseguido vender ni un miserable artículo. Un mes atrás su compañera, Françoise harta de tanta miseria, le había abandonado por un próspero comerciante de vinos de Burdeos. Proclamar y demostrar la existencia real del «Necronomicón» podía abrirle nuevamente las puertas de las redacciones y los cenáculos literarios. El destino había sido demasiado cruel en los últimos tiempos y tal vez ahora, en compensación, le ofrecía aquel regalo inestimable. Y aunque, en vez de eso, se tropezara otra vez con la desgracia al reanudar la inquietante lectura, quizá un fin dramático y espectacular constituyera un broche digno para cerrar su miserable existencia.

«¡Mierda!» Como buen francés, apoyó su decisión de seguir leyendo profiriendo una exclamación escatológica. Y abrió el Libro al azar. Eran las páginas centrales, y en ellas había sendos dibujos de un ojo. El de la izquierda era azul y castaño el de la derecha. Abajo había una leyenda: «Si fijas tus ojos en los Ojos de Ry'eh podrás alimentarte con la sangre de la Diosa y nada te será vedado.»

«¡Nada te será vedado!» El hambre le torturaba. Sólo le quedaban tres francos en el bolsillo después de comprar el libro y haberse permitido el lujo inconcebible de tomar un taxi. Se estaba haciendo de noche. El miserable cuartucho se poblaba de sombras y desaliento. Podía contemplar desde su ventana cómo densas nubes rojizas sepultaban los tejados de la ciudad. También contempló la miseria de su estado y se dijo que no merecía la pena seguir viviendo. No, al menos, con hambre, frío, soledad y escasísimas posibilidades de ver incrementado en el futuro su ridículo capital.

Fijó sus ojos en los Ojos del grabado y envidió la ingenuidad de los hombres primitivos, pues esa ingenuidad —se dijo— era una poderosa fuente de magia, y sólo con la magia se puede transformar el mundo. Las estructuras de su mente —se dolió— eran demasiado sofisticadas y carecían de fisuras por las que pudiera penetrar el refrescante aliento de la fe, tanto si fuera en Dios como en el Diablo. Pero los Ojos de Ry'eh le fascinaban. La Diosa maldita que sembró la angustia en el corazón de los hombres, para vengarse de su hegemonía sobre la Tierra, era representada en el Libro con sólo dos Ojos que reflejaban una dulce maldad, esa ternura equívoca de que hace gala el depredador al devorar su presa. Le hubiera gustado llegar a sentir el miedo reverencial que impide a los judíos pronunciar el Nombre y a los cristianos contemplar la Forma. Pero ante los Ojos de esa deidad primordial y terrible sólo el sentimiento de la fascinación le embargaba, y la fuerza hipnótica que emanaba de ellos era acogida por Jean Michel con cierta

sorna, porque suponía que su escepticismo era una coraza inexpugnable.

Se dijo: «¿Y este es el Libro terrible?» No era tan fiero el «Necronomicón» como lo pintaban. Sino que al igual que ocurre con los cementerios, el horror que producen en la lejanía desaparece en parte cuando se está dentro de ellos. Visto de cerca, el Libro no era más que una sarta de truculencias y fórmulas de encantamiento capaces de soliviantar únicamente la imaginación de los débiles mentales. Suponiendo que aquel fuera, efectivamente, el mítico Libro, y no una invención descarada de algún desocupado de provincias. Bajo los Ojos de Ry'eh, y a continuación de la leyenda antes mencionada, seguían unas palabras incomprensibles, resaltadas por el escribano con trazos más gruesos que los otros.

Jean Michel supuso que se trataba de una invocación, pues entre ellas figuraba el nombre de Ry'eh. También supuso que surtiría efecto (al menos en la tenebrosa imaginación del autor del Libro) la inquietante y sugestiva promesa de «alimentarse con la sangre de la Diosa» si se profería en voz alta esa invocación al tiempo que se contemplaban los Ojos. Algún lejano terror, provocado por lecturas de la infancia, afloró entonces a su conciencia, pero consideró que pronunciar la frase era el mejor medio de librarse de ellos, quizá definitivamente. El, Jean Michel, hundido en la miseria, desesperado y carente de recursos, era sin embargo un Hombre, y el destino le ofrecía una ocasión inmejorable para reafirmarse en esta creencia; puesto que un Hombre no es una vieja desvalida cuyo asustado cerebro esté pendiente de ilusorios signos acechantes, una vieja chocha que tiembla ante la sola idea de pronunciar palabras de encantamiento, y cuya mente se desharía en horrores imaginarios una vez pronunciadas esas palabras.

Aceptó, pues, el desafío que le brindaba la casualidad. Y adoptó, incluso, una postura más solemne, como convenía al caso. No salió de la cama pero se incorporó en ella haciendo que la almohada, apoyada

contra la pared, le sirviera de respaldo. Tuvo la precaución, también, de cubrirse los hombros con una manta. Hubo de reconocer que, a su pesar, estaba tenso, y se maldijo por la debilidad de sus nervios provocada —quiso creer— por la deficiente alimentación de los últimos días. La densidad rojiza del atardecer se había diluido en la noche. Sus nervios eran sacudidos por las crecientes pulsaciones del corazón y fueron vanos sus esfuerzos por evitar el temblor de sus manos. La luz de la mesilla de noche caía directamente sobre los trazos del macilento pergamino, dejando el resto del cuarto en la penumbra. Primero repitió la frase mentalmente, sin que el aire llegara a rozar sus cuerdas vocales. Las inflexiones de aquel lenguaje arcaico resonaban en su cerebro como notas obsesivas de una macabra melodía. Reconoció el enorme poder de sugestión de esas palabras, cuyo oculto significado no era obstáculo para que le hicieran evocar las imágenes de un espantoso mundo olvidado. Algo muy remoto y sin embargo próximo parecía resonar al conjuro de tales vibraciones; las cuales pugnaban por aflorar a su garganta con inusitada fuerza. Tanta que al fin surgieron, no del todo voluntariamente, de su boca:

—«¡Aoo, Ry'eh, Saah, Baal, Chtulu, Alsauur...!»

Siguió un silencio largo como si el mundo, sorprendido por el eco de tales palabras, hubiera cesado en toda su actividad. Se densificaron las sombras y el cielo envió hasta su ventana un mensaje de oscuridad total. Cayó el libro de sus manos como impelido por una extraña fuerza, y algo parecido a una lúcida somnolencia se adueñó de su cerebro, vigilante, sin embargo, a las inesperables consecuencias del acto realizado. El miedo secó su garganta. Pero nada extraordinario parecía estar a punto de suceder. Desde su regazo, adonde había caído el libro con las mismas páginas abiertas, el Ojo azul y el Ojo castaño de Ry'eh, persistían en su insolente determinación de mirarle a través del tosco dibujo. Se sucedieron los minutos sin que nada ocurriera. Fueron tantos que al

fin Jean Michel deshizo la solemnidad de su postura y, con desencantado regocijo (ya que ningún fantasma había aparecido) se internó en el tibio abrazo de la cama y apagó la luz con la intención de entregarse al sueño. Justa recompensa a su audacia —se felicitó— tras haber sido capaz de pronunciar en voz alta el inoperante encantamiento.

Acababa de cerrar los ojos cuando oyó acercarse por las escaleras unos pasos inconfundibles. Volvió a temblarle de nuevo el corazón, pero esta vez no era por miedo, sino porque se negaba a creer en la gozosa evidencia de aquellos pasos femeninos. Durante muchas noches había esperado en vano escuchar el alegre trote de Françoise regresando a casa, había imaginado sus ardientes lágrimas, sus expresiones de arrepentimiento tras la resaca de su aventura sentimental con el comerciante de vinos, el momento magnífico del reencuentro, estrechándola largamente en sus brazos. Lo había imaginado con la seguridad de que tales cosas no llegarían a suceder jamás puesto que Françoise —bien claro lo había dicho— se alejaba definitivamente de su lado. ¿Sería entonces posible que ese sueño improbable se estuviera convirtiendo en realidad? Escuchó su voz tras de la puerta:

—¡Abre, Jean Michel!

Era ella. Sin duda alguna. Abrió la puerta. La bombilla del pasillo le permitió ver, a contraluz, la figura de Françoise.

—¡Jean Michel!

—No me digas nada. No ahora.

La estrechó fuertemente en el dintel, como tantas veces había imaginado. Reconoció el olor de su cuerpo, la inconfundible caricia de sus labios, el punzante calor de sus senos, quemándole la piel a través de la ropa. Todo ello tan maravillosamente inesperado que se le saltaron las lágrimas. Varias veces hizo aquella figura intento de hablar, y otras tantas le tapaba la boca Jean Michel con sus besos. Sin deshacer el abrazo la condujo hasta la cama. La oscuridad no fue obstáculo para que la fuera desnudando despacio,

deleitándose a cada nuevo roce de su mano con la tibieza de aquellos senos adorables, de aquel rizoso vientre cuya pérdida le había proporcionado tanta amargura. Al fin logró su desnudez completa. La figura, sólo reconocible al tacto, respiraba afanosamente, como si respondiera con renovado ardor al ardor de sus caricias. Comenzó a poseerla con absoluta lentitud, como si el tiempo hubiera dejado de existir. Y volvió a escuchar sus dulces quejidos, volvió a sentir sus excitantes y apasionados movimientos de gacela.

—¡Françoise! Amor mío, amor mío...

Pero la figura no respondió. No, al menos de la forma que él esperaba. Escuchó, en cambio, un sonido gutural, sordo, aborrecible, como surgido en las entrañas de un animal inmundo. Aquel sonido le paralizó. Fuertemente estrechado contra el suyo, el cuerpo dejó de pronto de emitir calor, aumentó su tamaño y fue poco a poco transformándose en una masa viscosa y fría, en una repulsiva acumulación de planchas escamosas que despedía un olor nauseabundo.

Gritó Jean Michel y era como si el alma se le escapase por la garganta. Incapaz de entender lo que estaba sucediendo, el horror era un cuchillo de hielo cruelmente clavado en su pecho. Pero nada era tan espeluznante como aquel sonido inhumano que, como surgido de pútridos subterráneos, insistía en torturar sus oídos con obsesivas repeticiones. Entendió al fin cuál era la palabra tantas veces pronunciada por aquel engendro de pesadilla:

—¡Ry'eh...! ¡Ry'eh...!

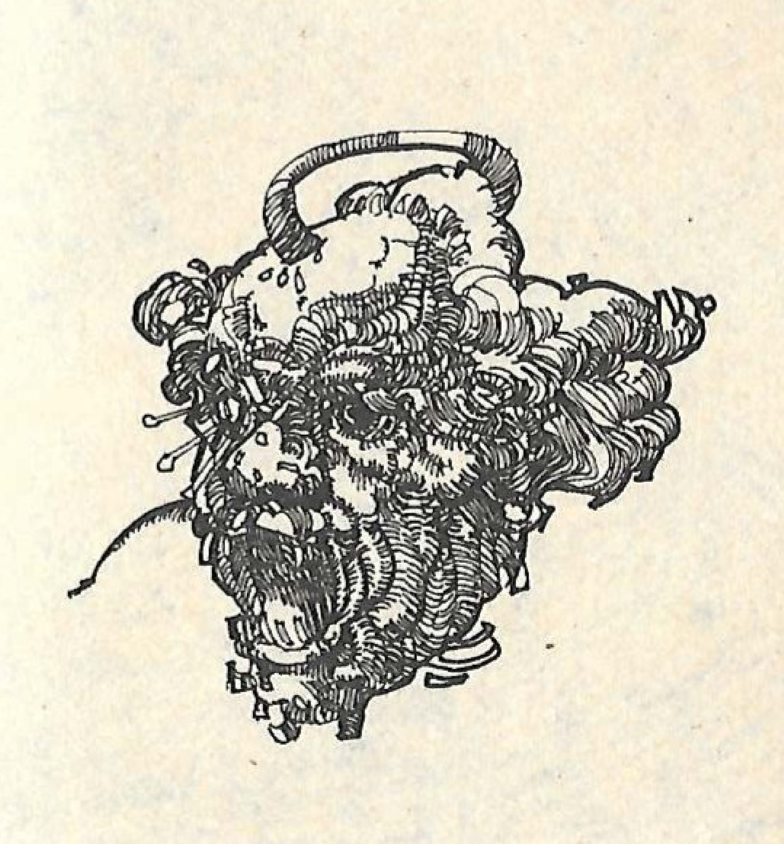
El hedor que le asfixiaba, el escalofriante peso de aquella forma abominable le hicieron perder la razón. Pero logró reunir un asomo de rebeldía para hacerle frente. Volvió a gritar y a gritar hasta que la garganta se le llenó de sangre. Con movimientos convulsos, inconscientes, su mano alcanzó a mover el obturador de la luz. Lo que vio fue más fuerte que su vida. Una masa palpitante, tumefacta, de insufrible blandura,

llena de bocas como úlceras, horadada aquí y allá por escamosas oquedades de las que surgían blancos filamentos rectráctiles, pústulas agusanadas de rápidos movimientos que infectaban el aire con hedores de tierra corrompida... Y en el centro de aquella gelatina inconcebible, el horror de dos ojos abiertos, espantosamente humanos, uno de los cuales, el de color azulado, se abría y cerraba sin descanso, mientras el pardo fijaba su mirada insufrible en los ojos, todavía con vida, de Jean Michel.

Aún no había muerto. Pudo ver como la Forma apresaba el «Necronomicón», caído en el suelo, alargando uno de sus blanquecinos filamentos, y cómo el Libro desaparecía en el interior amoratado de una de sus bocas ulcerosas. Escuchó entonces unos pasos por las escaleras, unos pasos inconfundibles. Y todavía alcanzó a oír, tras de la puerta, una voz dolorosamente familiar:

—¡Abre, Jean Michel! ¡Soy yo, Françoise! ¡Vuelvo contigo!

Trató de incorporarse de la cama, pese a los últimos estertores del horror. Fue un esfuerzo inútil. Su cuerpo cayó pesadamente mientras su vida y la Forma desaparecían al mismo tiempo, puede que para siempre: bebería la sangre de la Diosa y le serían revelados los Reinos del Gusano, la infinita extensión de sus dominios.





Noche de estreno



Noche de estreno

Arthur W. Carmichael

Todos celebraron el gran éxito conseguido por la película... Todos, claro está, menos la viscosa masa de plástico que se hacinaba junto a otros extraños seres en el «cementerio de monstruos» de la productora.



DOROTHY subió apresuradamente las escaleras del campanario. Su respiración era agitada y sus ojos, muy abiertos, denotaban un pánico cerval.

—¡Auxilio! —gritó desesperada.

No había escapatoria. Las únicas salidas posibles eran las grandes ventanas de forma ojival a cincuenta metros sobre el suelo. En la bóveda revoloteaban asustados algunos pájaros a los que la precipitada carrera de Dorothy había despertado. La ominosa silueta de las campanas se cernía sobre la aterrorizada mujer, que volvió a pedir inútilmente ayuda.

—¡Socorro! ¡Socorro! —exclamó.

Cuando el eco de su voz se perdió, el silencio de las alturas fue dejando paso a un sonido áspero y cadencioso. Algo se arrastraba ascendiendo por las escaleras de madera. Un fatigoso jadear era indicio de que aquello trataba de alcanzar la cima del campanario. Dorothy se acurrucó en el rincón más oscuro de la estancia, abierta a todos los vientos, y hasta sus oídos fue llegando, cada vez más cercano, el crujido de las maderas al ser holladas por las deformes patas de la nauseabunda cria-

tura. Simultáneamente, un arrastrarse continuo delató el fatigoso acarreo de la cola del monstruo. Los escalones se fueron hundiendo bajo el peso de aquella criatura del averno. Su respiración asmática llenó el ámbito del campanario y se transformó en un ronco quejido ya muy cerca de la cima del torreón. Finalmente, todo el espacio de la puerta de acceso a la habitación de la bóveda fue ocupado por una palpitante masa gelatinosa que se estremecía a los impulsos de agitados estertores. Dorothy se sintió morir cuando la sombra de aquel ser se cernió sobre ella. El monstruo avanzó tambaleándose y emitiendo un áspero sonido que en el fondo era un tributo de admiración a la bella criatura a la que amaba con todas las fuerzas de su negro corazón. Deseaba abrazarla y hacerla suya, a pesar de lo cual, dio un paso más y abrió seis gelatinosas patas tentaculares que se adelantaron anhelantes hacia la pálida piel de la mujer. Dorothy dio un grito desgarrador al sentir el contacto de aquellas extremidades provistas de ventosas. Un segundo más y se encontraría entre los brazos de la criatura.

De pronto se oyeron pasos en la escalera. Alguien subió precipitadamente el último tramo y el agente Norton hizo su triunfal aparición. El monstruo vaciló un segundo, lo que le resultó fatal. El agente, desenfundando velozmente su pistola, disparó a quemarropa sobre la escamosa piel, y la criatura se llevó un tentáculo a la zona que había sido alcanzada por las balas. Luego, pasando por delante de Dorothy, se tambaleó, fue a chocar contra una de las campanas y, acompañado por el tañido metálico, se precipitó por el vacío.

El agente Norton miró en dirección donde se encontraba Dorothy, la cual, emprendiendo una veloz carrera, se refugió en sus brazos. La música se hizo estridente, y sobre los rostros de los protagonistas apareció la palabra «fin».

* * *

El amplio salón rebosaba de invitados que rivalizaban en elogios a las estrellas del film y en devorar canapés de salmón ahumado. El estreno, a juzgar por la reacción del público, podía considerarse un éxito completo, y tan sólo faltaba la opinión de los críticos para corroborar el triunfo de la nueva producción.

—Oh, querida —cloqueó una dama madura—, ha sido un trabajo insuperable. Es usted divina.

Mónica sonrió halagada y restó importancia al hecho moviendo negativamente la cabeza.

—Divina, divina —repitió la dama entusiasmada.

—Algo más que divina —añadió Roberto Montale—. Supradivina.

Mónica esbozó una carcajada que se quedó en una sonrisa sabiamente estereotipada. Solamente se permitía reír abiertamehte dos o tres veces por semana. La delicada piel de su rostro no debía ser sometida a excesivas tensiones.

—¡Supradivina! —volvió a decir Roberto satisfecho del adjetivo.

—Supramariposón —dijo Virginia al oído de su acompañante—. ¡Qué tipejo!

—Y tú, Richard —añadió Roberto mirándole con un entusiasmo que no pasó inadvertido para los presentes—. Tú también estás divino —dijo, sin atreverse a aplicarle el superlativo por temor a las iras de Mónica.

—Sois todos divinos —declaró Mónica, que no se caracterizaba por su facilidad de palabra—. ¡Supradivinos! —añadió un segundo antes de advertir que aquella palabra no era invento suyo.

—Lástima que Charly no pueda estar también aquí para celebrarlo —dijo alguien.

—Una verdadera pena —subrayó uno de los productores mirando severamente al inoportuno.

—Quién sabe si no estará aquí en espíritu acompañándonos —adujo una figurinista delgaducha ajustándose las gafas sobre la nariz.

De la misma forma que un chorro de agua sabiamente dirigido apaga una hoguera, asimismo se ex-

tinguió rápidamente el ambiente festivo de la reunión a causa de aquella inoportuna evocación. Los invitados acercaron las copas a sus labios para excusarse de hacer comentarios acerca del lamentable accidente. El silencio se hizo tan denso que podía oírse el burbujeo del champán. El veterano Lewis M. que, a causa de su sordera no se había enterado de lo que había provocado tan repentino silencio, exclamó:

—¡Por todos los diablos, creo que ya estoy definitivamente sordo! ¿Me oyes, Rita? —añadió dirigiéndose a su mujer.

Mónica, con la inconsciencia propia de una rubia explosiva, soltó la carcajada al escuchar aquel comentario de Lewis, y como si aquello hubiera sido una señal, todo el mundo comenzó a charlar animadamente y las aguas volvieron a su cauce.

La figurinista delgaducha, que ocasionalmente sufría de crisis místicas, deseosa de una cierta admiración, continuó en silencio contemplando fijamente un cuadro abstracto del que era autora la propia Mónica. Supuso que aquella nauseabunda mezcla de colores y la incoherencia del dibujo eran un buen punto de partida para intentar concentrarse en su mundo interior. Pensó en Charly y en el desgraciado accidente que le costó la vida. Se concentró tanto que no advirtió que el champán de su copa estaba cayendo sobre los pantalones de un productor.

—Pero, ¿qué hace, estúpida? —gritó él dando un salto.

—Lo veo, lo veo —exclamó la figurinista mareada por la contemplación del cuadro abstracto— ¡Lo estoy viendo!

—Si lo está viendo, ¿por qué no tiene más cuidado? —refunfuñó el productor.

—¡Veo a Charly! —exclamó la figurinista alucinada por el paso de una bandeja de canapés de caviar ante sus narices. La extrema delgadez de su figura la conseguía a base de drásticas dietas que agudizaban sus supuestas percepciones extrasensoriales.

—¡Aguafiestas! —dijo alguien.

—¡Valiente majadera! —comentó Richard—. Que se vaya a dormir la mona a otra parte.

—¿Que es lo que ves? —preguntó Mónica fascinada porque la figurinista no apartaba los ojos de su cuadro.

—Veo a Charly —musitó ésta.

—Si está muerto —repuso Mónica ligeramente alarmada.

—Está muerto —repitió la figurinista ausente—. Está muerto... y sin embargo desearía estar aquí con nosotros. Nos quiere. Ama desesperadamente a alguien y odia a otra persona con la misma intensidad.

—Ethel, por favor —comentó su amiga Marion—. Te ruego que comas algo, te vendrá bien.

—Se estremece en su tumba —casi gritó la figurinista—. El mareante cuadro la tenía hipnotizada—. ¡Qué horror! ¡La ventana, la ventana! —exclamó.

Algunos invitados se aproximaron a la ventana. Los estratégicos reflectores iluminaban caprichosamente el jardín y su tono verdoso añadía matices clorofílicos a las plantas. Algo se movió entre los arbustos, y durante un segundo las sombras producidas por las ramas de un árbol dibujaron sobre las aguas de la piscina la silueta de un hombre ahogado. Después la ilusión se desvaneció. Virginia Montel, impresionada, se suministró una generosa dosis de ginebra y se la echó al coleto sin respirar.

—Vaya un lingotazo —comentó Roberto.

—¡Basta! —gritó finalmente Richard—. ¡Ya basta! —repitió, cubierto el rostro por una palidez mortal.

En aquel momento, la figurinista se desmayó exhausta, quién sabe si hambrienta, y algunas almas solícitas se apresuraron a aproximar a sus labios una copa de brandy y algún canapé de salmón. Al poco tiempo, la espiritista aficionada se hallaba recuperada y convalecía sentada confortablemente en un sillón con una bandeja de dulces al alcance de su mano. Su mirada se había vuelto tierna bajo el influjo benéfico del salmón.

—¡Los periódicos! —exclamó alguien entrando en el salón con una brazada de diarios.

Uno de los guionistas se apoderó de ellos y, yendo directamente a la página de espectáculos, comenzó a leer en voz alta.

—«Un nuevo triunfo de los Estudios Reunidos —comenzaba la crítica, y después de analizar detenidamente la película y la labor de su director, se dedicaba a elogiar la labor de los intérpretes—. Mónica Dawson se ha superado a sí misma en el papel de Dorothy, la atribulada joven que se ve asediada por un extraño ser que se ha enamorado de ella. Nuestra gran estrella sale sobradamente airosa de este difícil papel. La bella triunfa de nuevo sobre la bestia. Richard Ryan, en el rol del detective Norton, nos ofrece otra gran creación digna de aquellas a las que nos tiene acostumbrados... —el guionista hizo una pausa para continuar con voz más contenida—. Hemos de reseñar también, aunque a título póstumo, la difícil labor del extinto Charly Logan en el papel del monstruo. Un desgraciado accidente puso fin a su vida tras el rodaje de la última secuencia, la subida a la torre. Parece ser que durante la filmación se rompió un dispositivo de seguridad y se precipitó desde una altura de veinte metros. La complejidad del disfraz que vestía le impidió reaccionar con presteza y se estrelló contra el suelo del estudio. Nuestro más sincero homenaje...»

Nuevamente se cernió sobre los reunidos un clima de tragedia. Richard Ryan, muy pálido, se hallaba apoyado en el brazo de un sillón. Mónica trataba de confortarlo acariciando su mano. Finalmente, después de que se hubieron leído todas las críticas, los invitados se despidieron.

—¿Qué le pasó a Logan? —preguntó a gritos Lewis M. a su esposa. Esta trató de conducirle hacia el vestíbulo.

—¿Qué le pasó, por todos los diablos?

—Que se mató —repuso al fin su esposa.

* * *

La luz de la luna iluminaba la gran mole de los Estudios Reunidos. En las calles interiores se amontonaban fragmentos de decorados, focos inservibles, latas de pintura. Un vehículo en el que hacían la ronda dos vigilantes rodaba parsimoniosamente por una calle de Nueva York y un segundo después entraba en el poblado del Oeste.

Al terminar el recorrido de inspección por el exterior, los dos vigilantes se apearon del vehículo y, descorriendo la pesada puerta metálica, entraron en el edificio que albergaba los platós más importantes. Sus figuras se empequeñecieron ante las inmensas proporciones de aquel ámbito, y sus pasos resonaron produciendo un eco múltiple.

En cierto momento uno de ellos creyó percibir un ruido procedente de un almacén de efectos y entraron a comprobar si todo estaba en orden. Montañas de enseres utilizados en la filmación de diferentes películas, esperando ser de nuevo repintados con destino a otra producción, reposaban en gran desorden. Los dos vigilantes caminaron entre palmeras de cartón piedra, columnas de madera, sillones destripados, pero, por más que registraron detenidamente todo el almacén, no hallaron nada anormal. Finalmente, se aproximaron al fondo de la estancia donde reposaba el gran monstruo que había sido utilizado en la última película estrenada por el estudio. La confección de aquella criatura había sido tan esmerada que, aun sabiendo que se trataba de un disfraz, era imposible no experimentar un cierto temor al acercarse a ella. Sus tentáculos, de material plástico, parecían rezumar todavía nauseabundos fluidos. La enorme cabeza provista de un curvado pico, desmadejada ahora, no parecía menos terrorífica que cuando había sido manejada por el pobre Charly. El deforme cuerpo de la bestia, deprimido por el vacío interior, parecía a punto de hincharse agitado por una repentina respiración.

—¿Qué te parece Tony? —preguntó uno de los vigilantes.

—Me asusto cada vez que lo veo. Debe medir más de dos metros y medio —repuso el interpelado—. Cuando la pasen al Capitol llevaré a mi mujer a verla. Le encantan las películas de terror, se conoce que se encuentra favorecida entre tanto monstruo.

—Parece que todo está en orden.

—Se habrá caído alguno de estos cachivaches. ¡Espera un momento! —dijo bajando la voz—. Me ha parecido...

—¿Qué hay?

—No, nada. ¿No te parece que la cola de ese bicho está mojada?

—Que va —repuso el primero—. Es la pintura que brilla.

—Es que he creído que algo se movía...

—¿Aquí?

—Como si esa cosa se estremeciera... —musitó el vigilante bajando la voz.

—Vamos, Tony, es de plástico.

—Eso es lo que no me gusta. Es tan viscosa... A mí me hacía más gracia el monstruo de Frankenstein, parecía de cartón y escayola, no como éste, que da la impresión de estar recién salido de una charca, tan brillante...

—Está bien. Vamos —dijo el primer vigilante—. ¿Qué le pasó al tipo que estaba dentro?

—Murió durante el rodaje. Tenía que lanzarse desde una ventana construida en el estudio y caer sobre una red muy segura, pero por alguna razón los soportes de la red fallaron y se estrelló contra el suelo. Murió antes de que tuvieran tiempo de sacarle de dentro del monstruo. Como dijo el productor, menos mal que aquella era la última secuencia en la que intervenía.

Los dos hombres, charlando animadamente, abandonaron el almacén. Uno de ellos, no obstante, no dejaba de volver la cabeza de vez en cuando para asegurarse de que todo estaba en orden.

* * *

Mónica oprimió el interruptor y la piscina quedó a oscuras. Dio otra vuelta a la llave y los reflectores que prestaban al verde de los árboles un verde aún más intenso se apagaron dejando sumido al jardín en la más absoluta oscuridad. Una vuelta más y la horrenda escultura del estanque dejó de lanzar agua por la boca entreabierta.

Richard se levantó del sillón, y depositando su copa sobre la mesa, se dirigió hacia la puerta del salón.

—¿Dónde vas? —preguntó Mónica.

—A buscar mi abrigo. ¿Quieres decir a Perla que me lo traiga?

—Le he dado la noche libre —repuso Mónica—. Yo pensaba...

Richard permaneció de pie en medio de la estancia y miró retadoramente a Mónica como exigiendo el final de la frase interrumpida.

—No hay nadie —repitió ella sintiendo que él esperaba una réplica, aunque no fuera aquélla.

—¿Qué pensabas? —insistió él sin compasión.

—Puesto que te has quedado el último...

—¿Qué?...

—Que pasaríamos la noche juntos.

El introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón y estalló en una carcajada forzada.

—¿Y qué es lo que te ha inspirado ese pensamiento, si puede saberse?

—Oh, Richard, desde aquel día no hemos vuelto a vernos.

—Tengo que soportarte a todas horas en el plató.

—A solas, quiero decir —repuso Mónica.

—¿Crees que después de lo que pasó podríamos vernos de nuevo a solas?

* * *

Horrendos ojos parpadearon somnolientos dejando ver una córnea sangrienta. Un curvado pico se estremeció entreabriéndose para dejar paso a una gelatinosa lengua bífida. El deprimido pecho se agitó

levemente, y algunos tentáculos se estremecieron contrayéndose mientras otros se agitaban temblorosos. Toda aquella masa informe fue sacudida por una vibración epiléptica durante unos instantes. Después, la calma volvió al almacén de los estudios.

En alguna zona de la ciudad, allá donde crecen los cipreses, una lápida fue removida por fuerzas cuya naturaleza no es prudente describir.

* * *

—Te ruego que me digas dónde está el abrigo.

—Sólo por esta noche —suplicó Mónica.

Richard permaneció de pie con un gesto de obstinación en su rostro.

—Te lo suplico —insistió ella.

—Es tu orgullo lo que habla por ti, Mónica. Esta noche ha sido la de tu triunfo, y no quieres hacerte a la idea de que ya no estoy sometido a tus caprichos.

—No me hagas esto, Richard.

—Deseas que todo acabe con broche de oro, ¿verdad? Sigues considerándome como un objeto al que puedes manejar a tu antojo.

—No te arrepentirás, te lo prometo.

—No puedo arrepentirme más de lo que ya lo estoy. Lo que lamento es tener que actuar fuera del plató también y mostrarte un afecto delante de los demás que ya no siento en absoluto.

—¡Te necesito! —gimió ella.

—Pobre Charly. ¿No escuchaste nunca esa frase de sus labios?

* * *

La fuerza del amor transformada en capacidad de odio. El deseo de venganza más fuerte que la muerte. Manos deshojadas tiemblan bajo el peso de la losa que al fin se derrumba y se agrieta al chocar contra el suelo. La brisa de la noche no vivifica el espantoso semblante, sino que lo rodea sin acariciarlo.

Una sombra se desliza confundiéndose con los oscuros arbustos. La luz de la luna no se atreve a rozar aquella fugitiva forma que desprende su propia luz negra. Un rastro de podredumbre es la estela de aquel navío descarnado que se eleva flotante sobre la alta tapia y abandona el jardín donde reina la eterna quietud.

Nuevas ondas epilépticas recorren la callosa piel del monstruo. Olas de temblores provocan una tempestad cuyos últimos estertores mueren cerca ya de la escamosa cola. Los ojos parpadean todavía sin ver. Garras y ventosas se estremecen a las órdenes de todavía lejanos impulsos. El pecho se abomba en un ensayo torpe de fatigosa respiración. Los vigilantes de los estudios juegan a làs cartas sin sospechar que está tomando vida aquello que la tuvo dentro de la pantalla.

La sombra ejecuta un pavoroso y lentísimo salto y se adentra en el reino de la fantasía. Las calles de los estudios contemplan el paseo de la fantasmal figura que se apresta a ejecutar de nuevo el papel que interpretara cuando le sorprendió la muerte.

* * *

—¿Por qué, entonces, has procurado ser el último en marcharte?

—Quizá buscaba provocar esta situación para lanzarte a la cara una negativa tajante.

—¿No puedes olvidar lo que sucedió hace ya varios meses? —preguntó Mónica adelantándose unos pasos.

—Reconozco que soy tan ruin que había comenzado a hacerme a la idea de que un asesinato no es algo demasiado grave si permanece en la sombra.

—¿Es necesario que hables de eso ahora?

—La visión de la película me ha sacado del error en que me encontraba. ¿Me equivoco si digo que has cerrado los ojos para no contemplar la secuencia final? Yo los he mantenido bien abiertos, y he visto lo

que el público nunca contemplará. He visto al pobre Charly estrellarse contra el suelo dentro de aquel ridículo disfraz. Y te he visto a ti pidiéndome que aflojara el mecanismo que sostenía la red. ¡Oh, Dios santo! —gimió—. ¡Qué ciego estaba!

* * *

Un cadáver se introduce dentro de otro cadáver, y de la fusión de ambos surge la vida. Una vida fugaz y temblorosa. El monstruo se reanima lentamente, y no se pone en pie, porque sus extremidades inferiores no merecen tal nombre. Pero se incorpora, y con paso vacilante se aproxima a la puerta del almacén. Recorre con lentísimas y espaciosas zancadas el gigantesco y solitario estudio, mientras los vigilantes toman un café, y atraviesa las avenidas de Nueva York, y en seguida la polvorienta calle del Oeste. Su larga cola deja un rastro babeante. Sus temblorosas extremidades se agitan inútilmente. Unos ojos vacíos miran a través de sus ojos. Un corazón marchito yace inmóvil en medio del abombado pecho.

Una ráfaga de aire agita las carteleras del Cinema Avenida, y la fotografía de Mónica Dawson se desprende y cae sobre una terracilla. Bajo el peso del cartel, dos cables toman contacto y saltan unas chispas. La tela sobre la que está pintado el rostro de Mónica comienza a arder muy lentamente.

La horrenda figura se halla ya en las fronteras del barrio residencial, sede de afamados artistas de la pantalla, y los vigilantes espléndidamente pagados se adormecen a su paso o hablan por teléfono con alguna estrella solitaria. La mayoría de las ventanas no están iluminadas, pero se conoce que en casa de Mónica Dawson continúa la juerga, porque todavía hay luz.

* * *

—Ha sido nuestra noche, Richard. La película ha sido un éxito. Podemos hacer grandes cosas juntos —decía la estrella.

—¡Cómo pude creer que Charly te asediaba día y noche y amenazaba con contar toda la historia a la prensa! Sin duda creo que estaba deseando dejarme engañar.

—Lo hubiera hecho.

—¿Charly? A los pocos días tuve que escuchar de labios de su mujer que tú no le dejabas en paz desde hacía meses —comentó Richard—. Hasta que te cansaste de él y me convenciste para que... ¡Oh! —gimió el actor.

—Se interponía entre nosotros. No hubiera renunciado a mí.

—Lógicamente. Tú no dejabas de alimentar sus esperanzas con infames coqueteos.

—Ya sólo te quería a ti.

—Y me utilizaste para borrar de un plumazo una historia que te fatigaba y que podía resultar peligrosa para tu vida profesional.

—Te necesito, Richard. Quédate esta noche.

—Me necesitaste y te serví. Bien a mi pesar, lo reconozco, pero ahora que se ha estrenado la película y que ya está hecha la publicidad no quiero tener que ver nada más contigo.

—Quédate —suspiró Mónica pegándose a él. Su cuerpo era cálido y su suave aliento envolvió el rostro de Richard—. Quédate, querido —musitó.

Richard pareció ceder durante un momento al abrazo de Mónica, pero en seguida se desasió. Las facciones de la estrella se contrajeron en un gesto colérico.

—¡Vete! —gritó—. Está bien. Pero no vuelvas a acercarte a mí. Llegará el día en que me lo pidas de rodillas y yo me reiré como tú estás haciéndolo ahora —dijo, y salió de la estancia regresando a los pocos instantes con el abrigo de Richard.

La puerta de la elegante residencia se cerró violentamente y Mónica quedó sola, aunque no sin compañía.

* * *

Se puso una bata sobre el camisón y bajó a la cocina a prepararse algo de comer dándose a todos los diablos por haber concedido asueto a Perla. Después de arrojar a la basura la tortilla francesa, que resultó incomestible, optó por prepararse un sandwich de jamón.

Al cerrar la puerta del frigorífico permaneció un momento silenciosa. Le pareció que alguien andaba por el salón. Sentándose ante la mesa mordisqueó distraídamente el emparedado y tomó unos sorbos de leche. El ruido de un vaso roto la hizo ponerse en pie.

En el salón todo estaba en desorden y un gran número de copas y vasos yacían por el suelo. Los invitados los habían abandonado hasta en los lugares más inverosímiles, y seguramente alguna copa había rodado desde una estantería estrellándose contra el suelo.

Apagó la luz, cuando le pareció ver una sombra en el jardín. Algo oscuro y reluciente había cruzado frente a la ventana. Algo cuya silueta no le era del todo desconocida. Pero no se dejó intimidar por la fantasía y, despojándose de la bata, subió camino del dormitorio.

Ya entre las sábanas, maldijo a aquel cobarde de Richard. Se había burlado de ella aguardando a que todos los demás invitados se hubieran marchado. Lo calificó mentalmente de asustadizo. Nunca había pedido a un hombre que hiciera por ella lo que solicitó a Richard y estaba satisfecha del resultado conseguido, pero...

Se oyó una ráfaga de viento huracanado y un lejano relámpago iluminó el dormitorio. El cielo estaba despejado. Se acurrucó temiendo el sonido del trueno, pero en su lugar se oyó un terrible estruendo en la planta baja. Alguien había destrozado el cristal de la vidriera que daba al jardín.

Salió confusa al descansillo, pero no se atrevió a encender la luz y permaneció agazapada en la sombra unos instantes que le parecieron siglos. De pronto

oyó algo que se arrastraba sobre la moqueta del salón. El piso crujía bajo el peso de quien iba aproximándose a la parte baja de la escalera. Luego comenzó a oírse una respiración anhelante y la madera de los escalones comenzó a chirriar al tiempo que se escuchaban sordas zancadas. Alguien subía lentamente.

Muda de terror, se aplastó contra la pared. Su camisión blanco reverberada en la penumbra como un atractivo señuelo. La densa oscuridad reinante en el hueco de la escalera dejó paso a otra oscuridad más negra y vacilante. De pronto, unos ojos coléricos inscritos en un rostro de pesadilla se delinearon confusamente a pocos metros, y unos repugnantes tentáculos se extendieron hacia ella. Mónica dio un grito, y sin saber lo que hacía, se abalanzó sobre la escalera y corrió locamente hasta el segundo piso. En el descansillo de aquella planta permaneció petrificada esperando que la monstruosa aparición ascendiera a su vez, y cuando se apercibió de que la madera de los escalones chirriaba al combarse bajo el peso de la espantosa criatura, continuó escaleras arriba hasta que, sin saber cómo, se encontró en la habitación del palomar. Un viento frío penetraba a través de la amplia balustrada que daba al jardín. La criatura continuaba ascendiendo, y Mónica, fuera de sí, se acurrucó en el ángulo más oscuro de aquel torreón abierto a todos los vientos y esperó.

El coche de Richard se detuvo junto a la fachada, y éste permaneció unos instantes meditabundo con la barbilla apoyada sobre el volante. Acto seguido salió del vehículo y se dispuso a entrar de nuevo en casa de Mónica. Ya estaba calificándose mentalmente como un cobarde libidinoso cuando oyó un grito procedente del palomar.

Mónica pidió desesperada auxilio. No había escapatoria. La única salida posible era la escalera o la galería situada a tres pisos sobre el suelo del jardín. En el techo revoloteaban asustadas algunas palomas a las que la agitada carrera de Mónica había despertado.

—¡Socorro! —exclamó.

Cuando el eco de su voz se perdió, el silencio de aquella altura fue dejando paso a un sonido áspero y cadencioso. Algo se arrastraba ascendiendo por las escaleras de madera. Un fatigoso jadear era indicio de que aquello trataba de alcanzar el último piso de la residencia. Mónica permaneció en el rincón más oscuro de aquel palomar, por el que cruzaban todos los vientos, y hasta sus oídos fue llegando, cada vez más cercano, el crujido de las maderas al ser holladas por las deformes patas de la nauseabunda criatura. Simultáneamente, un arrastrarse continuo delató el fatigoso acarreo de la cola del monstruo. Los escalones se fueron hundiendo bajo el peso de aquella criatura del averno. Su respiración asmática llenó el ámbito del palomar, y se transformó en un ronco quejido ya muy cerca del piso superior. Finalmente, todo el espacio de la puerta de acceso a la habitación fue ocupado por una palpitante masa gelatinosa que se estremecía a los impulsos de agitados estertores. Mónica se sintió morir cuando la sombra de aquel ser se cernió sobre ella. El monstruo avanzó tambaleándose y emitiendo un áspero sonido que era un signo de aversión hacia aquella mujer a la que odiaba con todas las fuerzas de su corrompido corazón. Dio un paso más y abrió seis gelatinosas patas tentaculares que se adelantaron hacia la mujer. Mónica emitió un grito desgarrador al sentir el contacto de aquellas extremidades provistas de ventosas. Un segundo más y se encontraría entre los brazos de la criatura.

De pronto se oyeron pasos en la escalera. Alguien subió precipitadamente el último tramo, y Richard hizo su aparición en la puerta del palomar. Pero vaciló un segundo, lo que le resultó fatal. La monstruosa criatura extendió uno de los tentáculos y golpeó con tal fuerza al actor que, lanzándolo contra la balustrada, hizo que se precipitara en el vacío, estrellándose contra el pavimento tres pisos más abajo.

Mónica, al ver que a través de los ojos del monstruo la miraban los ojos de Charly, emprendió una veloz carrera y se arrojó a través de la descompuesta

balustrada yendo a caer a escasos metros de donde se encontraba el cadáver de Richard.

* * *

Algunos automóviles redujeron su marcha al pasar frente a los escombros de lo que fuera el Cinema Avenida. Un retén del cuerpo de bomberos montaba guardia junto a las cenizas humeantes de la sala que, la noche anterior, había sido escenario de una elegante «première». Entre los restos de la fachada todavía podía verse un fragmento del cartel anunciador de la película proyectada, y debajo del dibujo de un ser de pesadilla se podía leer: «Charly Robinson en el papel de *El Monstruo*».













La computadora



La computadora

F. Martín Iniesta

No había un solo delito en su vida, aunque aquella máquina, aquel prodigio de la cibernética, daba su nombre como autor de un espantoso asesinato.



NTRODUJO la última tarjeta perforada en la máquina y esperó unos instantes. Mientras los rodillos se ponían en movimiento buscó, con la seguridad de la costumbre el encendido pitillo en el cenicero: se había consumido. Encendió otro y esperó con una larga chupada que la computadora le diera la certera respuesta. El sonido sincopado de aquel cerebro mecánico tenía la virtud de adormecerlo un poco. Para evitar la modorra se levantó y dio unos pasos por la estancia. Cuando percibió el tic-tic de la cinta, regresó junto a la máquina y comenzó a leer: «Jim Conrad... Jim Conrad... Jim Conrad»... Se le escapó una ruidosa y vibrante carcajada mientras pensaba: «¡Vaya!... Creía que las bromas sólo las hacían los hombres, pero nunca las máquinas»... ¡Porque el nombre que había dado la máquina como posible autor de aquellos siete espantosos crímenes, era el suyo! ¡El era Jim Conrad!

Trabajaba desde hacía diez años en el departamento de ficheros de la policía. Había escrito, de su puño y letra, miles de datos sobre criminales, ladrones, estafadores y violadores. Había logrado un per-

fecto orden hasta que... ¡aquella maldita máquina había suplantado al trabajo manual! Y, ahora, al introducir cuantos datos podían llevar a una pista para descubrir a aquel criminal, el único nombre que aparecía... ¡era el suyo!

«Debo haberme equivocado en algún dato», pensó, «empezaré de nuevo. En el fondo, esto es divertido». Una a una, y después de revisarlas cuidadosamente, fue introduciendo nuevamente las tarjetas en la máquina. Volvió a esperar, pero una extraña desazón le agitaba el ánimo. Desazón que para justificarse a sí mismo pensó que sólo era curiosidad.

Un nuevo pitillo, esta vez encendido con mano temblorosa; un nuevo paseo por la estancia y el sonido entrecortado de la computadora que ahora, más que en sus oídos, sonaba en su pecho, cada vez más fuerte, más sordo y más estremecedor.

El silencio de la máquina, la cinta que jugando a un carnaval grotesco se había deslizado sobre el tablero como una blanca serpentina... Y sus manos, las dos esta vez, que estiran la cinta y la acercan a sus ojos...

—¡Jim Conrad... Jim Conrad... Jim Conrad!

Los mecanismos de autodefensa le obligaron a romper la cinta. Lo hace con rabia. Piensa, por un instante, en destruir también las tarjetas que contenían los datos que le acusan, pero sabe que de nada serviría, ya que volverían a repetirse. Se serena: «Todo esto es estúpido». Pero ya no puede sonreír. «Yo no soy un criminal, nunca...» ¡Malditas máquinas! ¡Si ni siquiera estoy fichado!»

Un nuevo pitillo. Una sonrisa apenas esbozada, un gesto que nadie podría interpretar como irónico, y, que, sin embargo, lo es. Y el sargento James que cruza la puerta con su eterno sombrero flexible echado hacia la nunca y el cigarrillo mordido entre los dientes.

—¿Qué? ¿Ya lo tenemos?

—No, sargento; esto no funciona...

—¿Podría arreglarlo usted?

—Creo que sí, pero no esta tarde...

El gesto del sargento, encogiendo los hombros, es el típico del hombre acostumbrado a esperar, a saber que el tiempo siempre tiene la solución... cuando ésta existe.

—¡Qué vamos a hacerle!... ¡Mañana será otro día!

—¿Podría dejarme el informe? —pide Jim con una cierta timidez.

—Tómelo del cajón de mi mesa. Usted es... de la casa.

La confianza que le muestra el sargento no es suficiente para serenar a Jim. El sargento lo advierte:

—¿Le sucede algo?

—Nada, sargento... No he dormido bien.

—Cuídese.

El sargento sale. Le oye recoger la pistola del tablero de la mesa. Sabe que la está colocando en la sobaquera por el silbido cotidiano con que el policía realiza el rito de marcharse cada tarde. Ahora, del perchero, descolgará la chaqueta y se la pondrá acomodándosela con suaves movimientos de los brazos para disimular el arma que oculta en la sobaquera. Escucha atentamente la puerta. Cuando oye los sonoros pasos del sargento alejándose, entra en el despacho y se dirige a la mesa. Con los ojos ávidos de un ladrón, recorre la estancia. Sabe que no hay nadie, pero necesita cerciorarse. Respira al comprobar que está sólo. Abre el cajón de la mesa del sargento y saca el dossier, la carpeta azul que contiene todos los datos que la policía conoce sobre el asesino más buscado de los últimos tiempos. La primera hoja recoge el informe sobre el último crimen cometido: veinticuatro de marzo, sobre las once de la noche, una mujer cuyo nombre era Dorothy fue estrangulada, después de ser violada. El cadáver apareció medio desnudo con el traje rasgado sobre la alfombra. Le tiemblan las manos. ¿Dónde estuvo él el día veinticuatro? Recuerda que era martes, y los martes se ve con Marta. Suelen ir a cenar a cualquier sitio, siempre económico; suelen comprar después una botella de champán, siempre barato, y tomarlo juntos en el

apartamento de Marta. Después... lo normal entre un hombre y una mujer a los que quedan pocas ilusiones y sienten el efecto del alcohol. Sabe que algo, algo que no puede precisar qué es, sucedió ese martes día veinticuatro. Se golpea la frente con el puño en un gesto infantil. ¿Qué sucedió con Marta? El día veinticuatro fue el martes pasado, hoy es también martes y por el poco tiempo transcurrido debería recordarlo. Pero es incapaz; una nebulosa le envuelve el cerebro. Se repite: «¿Qué ocurrió con Marta, que ocurrió...?

Lo primero es comprobar, cerciorarse de que Marta sigue viva, que aquella mujer llamada Dorothy nada tiene que ver con ella. El teléfono, brillante y negro le invita, le llama imperiosamente. Descuelga el auricular y con mano temblorosa marca unas cifras. Espera un instante, unos segundos que le parecen eternos. El riiing... riiing... riiing... de la llamada le golpea las sienes. ¡Al fin, el «crac» de ser cogido suena en su oído como una respuesta esperanzadora:

—Diga.

—Marta, por favor.

—Aquí no vive ninguna Marta, ha debido confundirse...

Siempre, casi siempre, confundía el seis con el nueve de la última cifra del número de Marta. Esto le hace sonreír y vuelve a marcar pensando, lentamente, cada uno de aquellos números tan familiarmente usados. Apenas suena el aparato cuando, alguien, al otro extremo del hilo, lo coge:

—¡Hola!... ¡Diga, diga...! ¿Por qué no contestabas?

¡Es la voz de Marta, la voz ronca y algo hombruna de Marta!

—¡Hola!...

—Creía que no volverías a llamarme... después de lo del martes pasado...

Sus temores han desaparecido, es otra vez el hombre seguro de sí mismo el que habla. No puede evitar una carcajada al recordar lo absurdos que fueron sus pensamientos anteriores.

—Pero, ¿qué te ocurre? ¿Por qué te ríes?

—Por nada... Ya te lo diré.

—Eso es que sigues pensando... que volvamos a vernos.

—¿No lo deseas?

—¿Después de... lo del martes pasado?

No puede recordar qué sucedió, pero, en aquel instante tampoco le preocupaba. Busca y encuentra una respuesta que no le comprometa demasiado:

—Debió ser... el champán.

—Sí, claro... no pudo ser otra cosa.

—¿Entonces?

—¿Deseas de veras que nos volvamos a ver?

—¡Naturalmente!

—¿A las nueve?

—Sí; a las nueve.

—¿Donde siempre?

—¡Donde siempre!... Perdona; pero me estaba duchando y...

—¡Hasta las nueve!

No oye la respuesta de ella. Se la imagina con el gorrito de goma que tan bien conoce, con la toalla anudada a la altura de los pechos, con la piel húmeda y goteando y los ojos encendidos por el placer que presiente...

Mira su reloj: son apenas las seis de la tarde. Le quedan tres horas todavía en las que puede saciar plenamente su curiosidad en aquella carpeta azul, buscar el mínimo, insignificante detalle que pudo equivocar de aquella estúpida manera los datos de la computadora, el archivo que no sólo posee las fichas de todos los delincuentes del país, sino también, de cuantos trabajan en la policía o con ellas.

Sigue leyendo el informe. En la inspección ocular se habían hallado, como objetos dignos de reseñar dos copas sobre una mesita y una botella de champán vacía. Vuelve a sonreír, pero esta vez sin temor alguno. La apreciación de los peritos, por las señales apreciadas en el cuello de la víctima, hace suponer que el hombre que la estranguló debió tener una estatura aproximada de 1,70 m. y sus manos un tamaño

bastante mayor de lo normal. ¡Su estatura es de 1,70 m. y sus manos son enormes! «Otra coincidencia, pero...

Se detiene en la lectura, recuerda lo que sucedió en casa de Marta: habían bebido, casi estaban ebrios al terminar la cena. No acostumbraba a beber con exceso, pero esa noche lo había hecho. Sentía una tensa alegría, una euforia desconocida y salvaje. Había agitado con exceso la botella de champán, y, al descorcharla, el tapón llegó al techo de la estancia mientras el rubio y espumoso líquido se derramó un poco sobre el vestido de ella. No utilizaron las copas, bebían directamente de la botella con una ansiedad desconocida y excitante. La voz de Marta se volvió gangosa y, con la botella en la mano, quiso imitar un número de «streep teese» que habían presenciado no hacía mucho. Al simular que se quitaba un largo guante con manguito, estuvo a punto de tirar la botella por lo que él tuvo que quitársela de la mano. Fue entonces cuando sintió el deseo inaudito de estrangularla. Estaba terriblemente irritado sin una causa lógica. Un odio escondido, remoto, le asaltó. Un odio mezclado con un intenso dolor y un irreprimible deseo sexual que, sin embargo, le hacía permanecer quieto, le incapacitaba para cualquier acción. Fue entonces cuando Marta, girando sobre sí misma, incapaz de sostenerse, cayó sobre la alfombra. El vestido de seda le resbaló por el cuerpo dejando al descubierto sus redondos, duros y bien torneados muslos.

Las imágenes vuelven a su cerebro con toda nitidez. Recuerda que se sentó en el diván, frente a ella, y la estuvo contemplando largo tiempo mientras apuraba, trago a trago, el champán de la botella. La mujer estaba tendida, inerte, dormida, como muerta, en la alfombra.

Regresó hasta su adolescencia, hasta aquel día en que sintió, por primera vez, el tirón irrefrenable del sexo, el despertar incontenible del deseo. Caminaba por un bosque. Entre unos matorrales descubrió un cuerpo de mujer tendido, casi, casi, en la misma posi-

ción que ahora estaba Marta. El cuello, doblado grotescamente, presentaba unas claras señales de haber sido estrangulada, la boca entreabierta, mostraba una baba sanguinolenta y repugnante. Pero él, ante los muslos descubiertos, sólo sintió el deseo incontenible de poseer aquel cuerpo que ya no respiraba. Aquella imagen le había acompañado durante años y sólo un sobrehumano esfuerzo de voluntad había logrado que lo olvidase.

Frente a Marta, el viejo deseo resucitaba, volvía intenso y vivo, incontenible. El pecho de la muchacha mostraba el leve movimiento de su tranquila respiración. Pensó, deseó, quiso que estuviera muerta como aquella mujer que encontró años atrás. Tanto lo deseó que llegó a creerlo, y... se arrojó sobre ella y le desgarró el vestido, le arrancó el mínimo, insignificante slip y cuando iba a poseerla, ella despertó. El asombro fue lo primero que leyó en su mirada, luego el miedo, un miedo atroz que le disipó los vapores del alcohol y le hizo huir y encerrarse en el cuarto de baño, mientras él, tras la puerta, oía sus sollozos.

No fue capaz de decir nada, ni siquiera una disculpa por torpe que fuese, una frase que hubiera llevado el consuelo y la tranquilidad hasta ella.

Salió sin despedirse, pero no fue a casa directamente. Buscó un bar y volvió a beber, a beber. No recordaba nada de cuanto hubiese podido suceder después, si algo sucedió. Amaneció vestido sobre la cama, con una enorme jaqueca y un sabor agrio y amargo en la boca.

El informe había perdido todo su interés. Cerró pausadamente la carpeta azul y volvió a introducirla en el cajón. Estuvo, sin embargo, un largo rato esperando hasta regresar al cuarto donde estaba la computadora. Retiró la cinta con mano segura. Volvió a introducir las tarjetas perforadas, y esperó nuevamente los resultados. Su espera, ahora, tenía otra forma de ansiedad, tenía la certeza de que era «capaz de hacerlo».

Nuevamente, la blanca serpentina, al salir herida

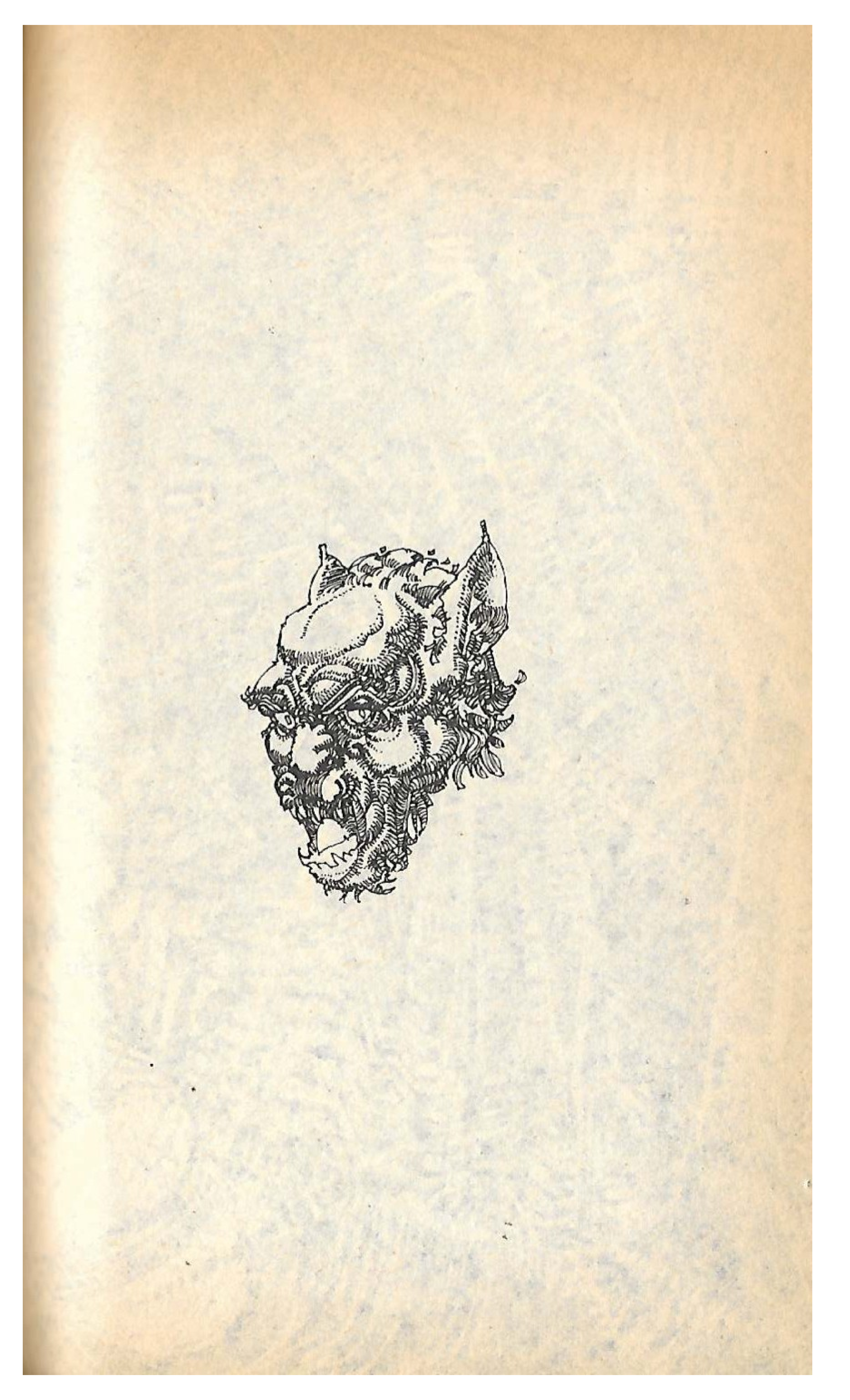
por las letras le martilleó su nombre: «Jim Conrad... Jim Conrad... Jim Conrad.»

Habían transcurrido dos horas cuando volvió a consultar el reloj. El tiempo le arrastraba fatalmente hasta su nunca cumplido deseo. Salió despacio, cerrando cuidadosamente con llave la puerta. El sargento de guardia le saludó como cada noche. Contestó a su saludo con un gesto apenas perceptible. Se encaminó, como cada martes, hacia el autoservicio. Al dirigirse hacia la estantería donde se almacenaban las bebidas pensó que aquella era una ocasión solemne y que se merecía el mejor champán que hubiera. Miró y remiró cuidadosamente las etiquetas hasta decidirse por un cava francés, de diez años. La señorita de la caja le preguntó si le envolvía la botella con papel especial para regalo. Su gesto ambiguo fue interpretado por la empleada como señal afirmativa.

Con el lujoso envoltorio bajo el brazo llamó tres veces al timbre de Marta. La muchacha le recibió entre esperanzada y ansiosa con un largo beso.

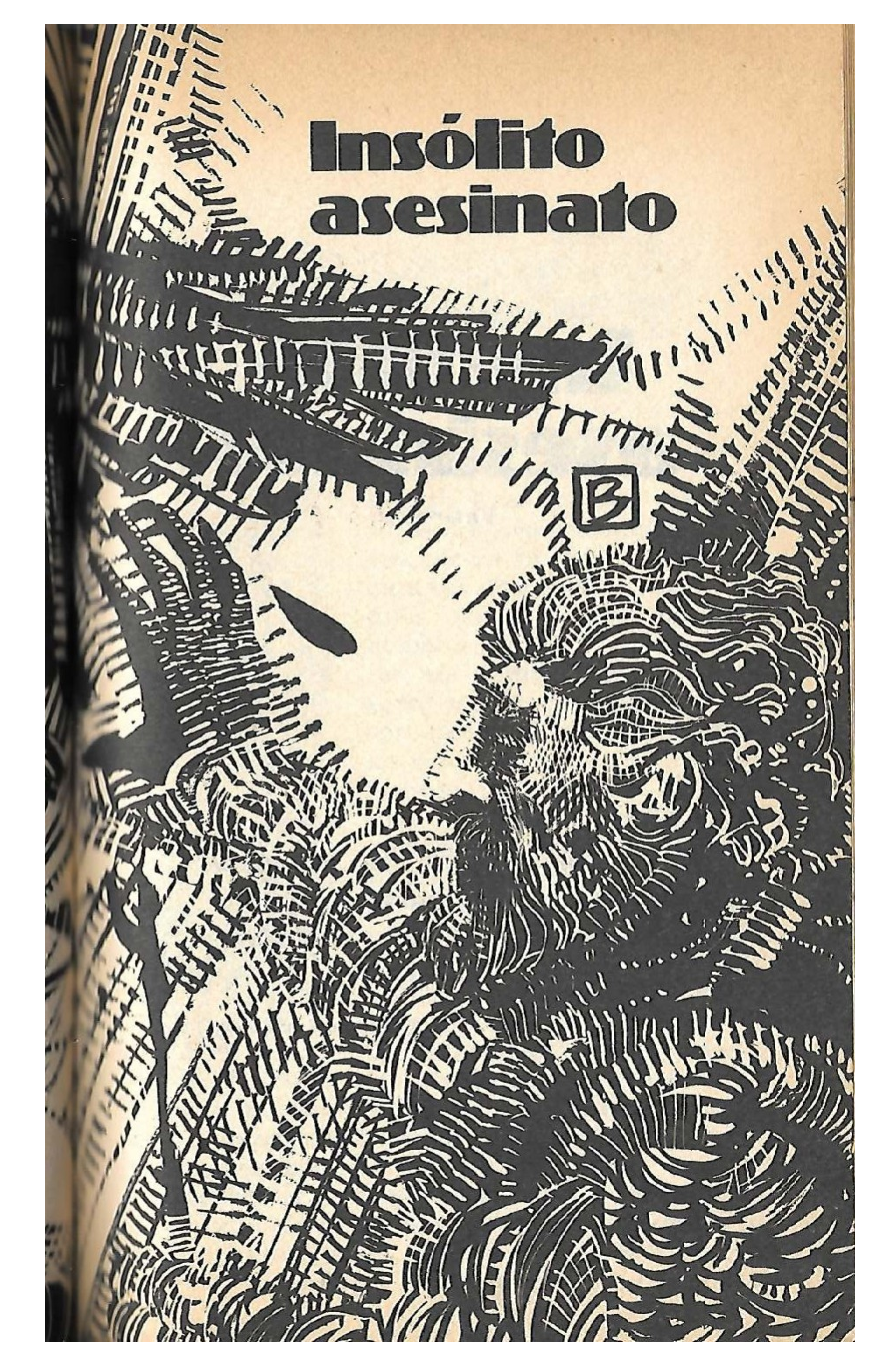
Cuando ella se volvió de espaldas y caminó delante de él hacia el salón, descubrió su largo cuello, un cuello desconocido hasta entonces, y supo cuanto sucedería: lo que la computadora le había revelado que era capaz de hacer...

¡Aquella noche, por primera vez, le haría el amor a un cadáver!





Insólito asesinato



Insólito asesinato

Víctor Rojo

«¿Quién, entonces, me golpea la cabeza con una barra de hierro, tal como un martillo que golpeara el yunque?»

(Conde de Lautréamont.)



UIERO narrarles hoy una historia alucinante y terrible que, por descabellada, parece no tener sentido. Como escritor que soy, como investigador interesado en conocer los rincones más recónditos del alma humana y las aventuras más insospechadas del hombre, a veces meto mis narices en ciertos sitios donde la gente sufre o padece, donde se conjugan las vilezas y las osadías, los gestos heroicos o villanos del hombre, los aciertos y desaciertos... Y a lo más que llego casi siempre es a sentir dolor o compasión, y acaso una terrible sensación de impotencia, porque escasamente puedo influir, porque es tan mezquina y tàn raquítica la posibilidad humana, que ni siquiera la razón está a salvo de interpretaciones equivocadas... Pero el hecho es que existen límites o fronteras en la mente humana que hacen confundir a veces lo común y lo irracional, justificando siempre que existe algo inescrutable...

Esta historia que hoy les cuento, tan dramática y espeluznante como sorprendente, me la narraba su principal protagonista, después de que nadie, nunca le había escuchado... Y yo sabía que era cierta, que

cuando el hombre estaba frente a mí, no me estaba engañando... Y no solamente porque sus ojos lloraban, ni porque en aquello, tan terrorífico, pudiera existir algún extraño misterio que lo justificara...

Lo más que puedo hacer por aquel infeliz es contarles su historia sin ninguna adulteración, tal cual él la interpretaba. Así, juntos, podremos escudriñar algunos de los misterios del hombre.

* * *

Esto no ocurrió tan sólo una vez, no. Ya venía sucediendo lo mismo durante varias semanas; pero yo no quería concederle a aquello mayor importancia... Aceptarlo tal cual se me ofrecía a mis ojos hubiera sido, por mi parte, un claro síntoma de locura. Y yo no estaba loco...

A mí nunca me han hecho una gracia especial los animales. Nunca. Es más: generalmente me han producido miedo; siempre sentí por todos ellos una cierta animadversión por lo menos. Tengo que reconocer que en algún momento esto llegó a preocuparme y que a veces me vi tentado de indagar en mi pasado, en mi infancia sobre todo, por si acaso, en alguna ocasión remota, que mi memoria no recuerda, fui víctima de una extraña aventura, una pesadilla infernal o alguna otra íntima violencia... Pero jamás pude lograr clarificarme nada, ni siquiera ligarlo con suceso alguno de mi vida relacionado con un sólo animal.

A mí, los perros me aterran. Y los gatos, por ejemplo, me repugnan y me intranquilizan. El resto de los animales llegan a provocarme un espantoso pánico con sólo sospechar que pueden aparecer donde yo me encuentro. No me imagino —ni quiero imaginarme— cuál sería mi reacción ante la aparición de una rata que me hiciera frente en cualquier urinario, o que simplemente me sorprendiera. Eso me hace entrar con mucha cautela en cualquier servicio que yo no conozca, especialmente cuando son viejos,

descuidados y están instalados en un sótano, lo que es frecuente. Me oprime ya una sensación de angustia con sólo pensar en la posibilidad de que por el monte se me aparezca una serpiente o cualquier culebra. Hasta los caballos —animales a los que admiro por su docilidad y por su belleza— me dan miedo cuando los tengo muy cerca. Me imagino que sus patas buscan mi vientre, para cocearlo, en cuanto advierten mi proximidad y mi presencia. Y también me asustan, sin que pueda remediarlo, sus espantosos dientes... Y hasta los dientes de un conejo me despiertan instintivamente una sensación de miedo, cuando reparo en ellos.

Sin embargo (ignoro qué extrañas motivaciones me empujaron a ello) cierto día sentí la tentación de tener un animalillo en casa, al que pudiera cuidar sin ningún temor. Y, naturalmente, no tuve que esforzar mucho mi imaginación para decidirme por uno: como ya he dicho, jamás hubiera llevado un perro, por insignificante cachorro que fuera, ni tampoco un gato... Un hámster, aun enjaulado, me horrorizaría. Lo único que yo podría tener y soportar en casa sería un pajarito: un canario.

Por eso fui a comprarme aquel canario. No puedo negar que sólo el hecho de elegirlo y sentirlo mío llegó casi a conmoverme. Llevarlo a casa, instalarlo en una jaula preciosa que también le había comprado y poder dedicarle algunos cuidados supuso verdaderamente una ilusión que hasta entonces no había conocido ni disfrutado. A partir de entonces, todas las tardes, a mi regreso a casa, le atendía y le cuidaba con auténtico mimo. Es verdad que al principio, el leve roce con su diminuto pico también me producía un cierto estremecimiento. A pesar de que ya me había encariñado con el canario, no era capaz de ponerle el dedo sobre los barrotes de la jaula, porque inmediatamente el animalillo acudía y me picoteaba. Eso me producía siempre ligeros sobresaltos, que poco a poco fui superando.

Acabé por acostumbrarme a aquel juego ingenuo

de su pico, en busca incesante de mis dedos, a la vez que me iba convenciendo de que nada podía temer de aquel diminuto pajarillo, que lo más que pretendía era jugar cariñosamente conmigo, oprimiéndome los dedos, entre la uña y la yema, de la única forma que él sabía y le era permitido hacerlo.

Sin embargo, pese a todo esto, a partir de un determinado día, yo comencé a advertir extrañas reacciones en aquel pájaro.

Sí, me gustaría poder narrarlo tal cual ocurrió, porque ni yo mismo aún puedo explicármelo. Puedo decir que, de pronto, aquel día, a mi regreso, encontré a mi pájaro como huraño o entristecido si se pudiera decir eso; sí, estaba diferente a como era habitual en él. No le había faltado comida, ni tampoco agua. Su jaula la tenía, como siempre, limpia... y yo le hice filigranas con mis dedos a través de los barrotes, como ya era costumbre, y él no vino a picotearme. Ni siquiera se inmutó tampoco. Advertí que tenía un gesto muy especial entonces. Si pudiera relacionarlo con un gesto humano, diría que como de languidez, o de tristeza, o acaso de odio... Le notaba extraño...

Y me le quedé fijamente mirando, estudiándolo. Le dije luego algunas cosas: ya había aprendido a decirle alguna frase cariñosa. Pero el pájaro no reaccionaba. Yo le seguía mirando... y él también me miraba, sí, me miraba petrificado, como si estuviera entendiéndome enteramente, pero haciendo de mis palabras caso omiso. Y si yo le miraba extrañado con mayor fijeza, él trataba de hacer lo mismo: me devolvía siempre la mirada, o a mí, me lo parecía, por lo menos.

Estuve mirándole así un buen rato, y el pájaro sin inmutarse, impávido, también me miraba, hosco, como airado. Y fue entonces cuando advertí algo más. No era ninguna ilusión óptica, ni tampoco una alucinación mía: el pájaro, en su extraño comportamiento conmigo, sufría algo así como convulsiones o espasmos, de movimientos muy rápidos, y a cada convulsión que padecía (mientras me seguía fija-

mente mirando) su pechuga se ensanchaba, sí, se ensanchaba, se iba haciendo progresivamente más grande.

Dejé entonces de mirarle y el pájaro, al parecer, se fue tranquilizando. Pero al día siguiente, de nuevo a mi regreso, ocurrió más o menos lo mismo. A mí ya me tenía aquello terriblemente intrigado. Si yo miraba al pájaro, él me respondía con otra mirada más dura, impertérrita, sosteniéndola inteligentemente, hasta el momento en que comenzaban aquellas insólitas convulsiones que hacían que su pechuga primero se fuera ensanchando y luego su cuerpo. Y se hacía más grande, mucho más grande... Esto ocurrió durante algunas semanas, no podría precisar cuántas...

No quiero decir con esto que todo aquello me estuviera provocando miedos desmesurados. Extrañamente, aquel fenómeno que me parecía completamente inexplicable, no me producía temores. Sin embargo, he de reconocer que me tenía intrigado. Desde entonces acudía lo antes posible a casa, cada tarde, para ser de nuevo espectador de aquel alucinante acontecimiento.

El fenómeno se repetía exactamente igual, ya todos los días. Yo llegaba, le decía mis primeras frases al pájaro, y él no reaccionaba como al principio. Me miraba iracundo, como mostrándome tenazmente su odio; entonces yo cambiaba el gesto y también le miraba con cierta maldad, provocándole. Luego, mientras ambos sosteníamos impávidos la mirada, el pájaro comenzaba a dar pequeños e intermitentes hipidos, a sufrir aquellas inexplicables convulsiones, hasta que su pechuga amarilla se iba ensanchando y se iba ensanchando, de una forma descomunal y alarmante. Yo le veía entonces crecer pavorosamente... Cada nueva convulsión él crecía un poco más y se hacía grande, muy grande... Sus patas, fijas sobre el balancín, pero su cuerpo agrandándose alarmantemente.

Ocurrió entonces que el pájaro comenzó a agigantarse más que de costumbre, sí, más que nunca lo había hecho. Y en aquellos momentos, que ya no sé

como calificarlos, noté cómo el corazón quería saltar de mi pecho y cómo todo mi ser era víctima del miedo. Sentí pavor... y abandoné irremisiblemente aquella habitación. Le había dejado ya con un descomunal tamaño en su jaula, en la que apenas cabía. Volví lleno de curiosidad al cabo del rato y el pájaro seguía exactamente lo mismo, sin haber disminuido de tamaño, con unas dimensiones inauditas, gigantescas. Decidí acabar con aquello llevándole hasta el límite mismo de lo posible: debía proseguir el experimento, pese a aquella tremenda sensación de miedo que ya entonces me inundaba. Le miré de nuevo. Le dije algo: algo grosero, una provocación auténtica, porque estaba convencido de que el pájaro entendía todo lo que pronunciaban mis labios, e incluso lo que transmitía mi pensamiento.

Cuando yo creí que no podría hacerse mayor, porque ya era absolutamente imposible, el pájaro siguió aún creciendo. Le miré de nuevo: ya no podía dejar de hacerlo. Y él seguía haciendo lo mismo conmigo. Me miraba con mayor inquina y mayor intensidad. Sus ojos —sorprendentemente— seguían siendo igual de pequeños. Ya no era un pájaro: era un bicho extraño, asqueroso y repulsivo. Conservaba las mismas patas, los mismos ojos diminutos, pero en un cuerpo descomunal, y un exagerado pico, que ya se le quedaba atrapado entre los barrotes, hiriéndole. Y su mirada, implacable, misteriosa y amenazante, que impedía por encima de todo que yo me apartara de allí...

No me esperaba yo jamás los acontecimientos que siguieron...

Nuestras miradas, tensas y hurañas, seguían cruzándose, en un desconcertante duelo. Y él seguía todavía creciendo y creciendo... hasta que los barrotes de la jaula estallaron, reventaron estrepitosamente a causa del volumen y del peso excesivo que había adquirido el gigantesco pajarraco.

Me encontré entonces trágicamente atrapado en mi propia casa, frente a un ser desconocido, un mons-

truo, un extraño y descomunal monstruo que aún me seguía mirando, ya fuera de la jaula, mostrando todo su tamaño, muy superior al de un buitre o al de un águila. Hubiera huido despavorido, pero cómo hacerlo... frente a aquella alimaña. Me fui apartando de él poco a poco, con intención de desaparecer; pero aquel monstruo repulsivo me seguía con su mirada desde el suelo, mientras tuve la sensación de que seguía creciendo. Los restos de la jaula bailaban dantescamente sobre mi cabeza, desde su colgadura. Y así me encontré arrinconado al fin, tras un sofá, hasta donde pude llegar en mi retroceso, teniendo a muy pocos metros a un extraño bicharraco, que había logrado atenazarme de horror y de miedo.

Algo contundente llegó, no sé cómo, hasta mis manos. Y se lo mostré amenazadoramente. El, frente a mi, sin inmutarse, seguía clavándome sus diminutos ojos: me tenía acorralado. La saliva no me llegaba a la boca; no podía articular palabra. No hubiera podido tampoco decirle nada. ¿Qué cosa?... ¿Pedirle perdón acaso?... ¿Exigirle explicaciones?... ¿Qué cosa le hubiera dicho?... ¡Nada!

Y levantaba ampuloso sus alas, ahora sus potentes alas, llevándome al paroxismo del terror. No tenía ya salvación posible: me sentía a merced de aquel horripilante y misterioso monstruo. Fue en el momento en que hizo el primer ademán de abalanzarse sobre mí, tan grande, tan espantoso, cuando yo solté con todas mis fuerzas el atizador de hierro sobre su cráneo. Le di, ¡claro que le di! Pero entonces el maldito bicho se revolvió fieramente contra mí, con toda su maldad, tratando de arrojarse de nuevo... Le vi sangrar grandes borbotones por su cabeza, mientras hacía intentos por arremeter contra mí. Me arrinconó por todas las paredes de la casa, pero también él tenía miedo de mi gancho. Yo enarbolaba el atizador vigorosamente, amenazándole.

... Y aún atiné a propinarle otro golpe más, también certero, que le dejó visiblemente herida una de sus alas. Por efecto del golpe se le desprendieron las

plumas que se desperdigaban por la habitación. Trataba de saltar aparatosamente hacia el techo para luego abalanzarse lleno de furor sobre mí. Quería hundir su enorme y mortífero pico en mi rostro. Lo intentó varias veces, pero no me alcanzó, aunque hizo jirones mi camisa... y también sentí su contundente picadura en mi brazo...

Tuve que aplicar toda mi astucia y toda mi fuerza en defenderme. Le aticé de nuevo fuertemente, sin compasión, esta vez acertándole bien. Todavía hizo infinitos esfuerzos por acorralarme, por clavarme ansioso su pico. Y logró herirme una pierna. Entonces descubrí su descomunal fuerza. Herido de muerte, como estaba, consiguió derribarme... Pero ya daba sus últimos estertores y volví a clavarle el gancho. Una y otra vez le golpeé ahora violentamente, cuando no podía oponerme resistencia, hasta ver cómo perdía ya toda su fuerza, cómo caía vencido frente a mí, cómo cerraba definitivamente sus diminutos ojos, cuando yo, loco de horror, estaba también a punto de perder el conocimiento.

No recuerdo ya nada más, hasta el momento en que dos hombres vestidos de blanco, dos enfermeros, me sacaban de mi domicilio. Yo sentía aún el desgarrante dolor de las heridas en mi cuerpo... Pero me sentía distinto, oprimido, férreamente oprimido, con algo que impedía mis movimientos. Me habían puesto algo... ¿Qué me habían puesto?... Una camisa de fuerza. ¡Me habían puesto una camisa de fuerza!

«¿Qué hacen?... ¿Qué están haciendo?...», les gritaba yo. Y ellos, vilmente, no querían hacerme caso, ni siquiera escuchaban mis súplicas. Les grité más. Les dije que estaban locos, que debieran estarse quietos... Que tenía que explicarles lo que había sucedido. Pero me arrastraron con toda su fuerza, sin mostrar ninguna consideración por mí, ninguna piedad. Y antes de que lograran sacarme de la casa, allí, sobre la alfombra, pude ver abandonado un pequeño pajarillo, mi pajarillo, ensangrentado y muerto, como si fuera un animalillo indefenso...

Eso precisamente les había engañado. Pero todo había ocurrido de forma bien distinta: tenían que entenderlo. La pieza quedaba escandalosamente revuelta. ¡Cómo no querían entenderme!... Yo no hubiera armado jamás aquel gran lío por un inofensivo pajarillo. Todo había sido alucinante, y tenían que escucharme por lo menos... Pero no, no me dejaban dar mis explicaciones. Me arrastraban cruelmente...

Y ahora me tienen aquí encerrado. Como un loco. Como si yo fuera un loco. Yo le juro, señor, que no estoy loco... ¿Es posible que nadie quiera entenderlo? ¿Es posible que nadie quiera aceptar que yo viví todo aquello?... Le aseguro que no estoy loco. Y me están tratando como a un loco... Yo no puedo resistir más esto...

* * *

Le brotaban las lágrimas cuando finalizaba el pobre su relato. Yo le había seguido con todo interés. Naturalmente que le creía, que todo me parecía alucinante pero verídico... Y en ese momento, cuando aún estaba desmadejado ante mí, cuando sus lágrimas no tenían consuelo, vinieron a reclamarle.

—¡Venga, hijo de perra...! ¡Muévete, muévete!... Y no cuentes más historias a las visitas...

Tuve que interceder por él, tuve que suplicar que no le maltrataran así...

—Es una pobre víctima —insinué.

—¡Es un asesino!... ¡Es un mal nacido! ¡Venga!... ¡Muévete, sanguijuela!...

Y al pobre, todavía le oí gritar, suplicando:

—Por favor, por favor... No me peguen más... Por favor...

Ya se alejaban los enfermeros por el siniestro pasillo, arrastrando duramente aquel penoso cuerpo, cuando para consolar mi gesto, o aplacar mi indignación, me gritaron desde lejos:

—Es un asesino, un mal nacido... ¡Mató a su padre,

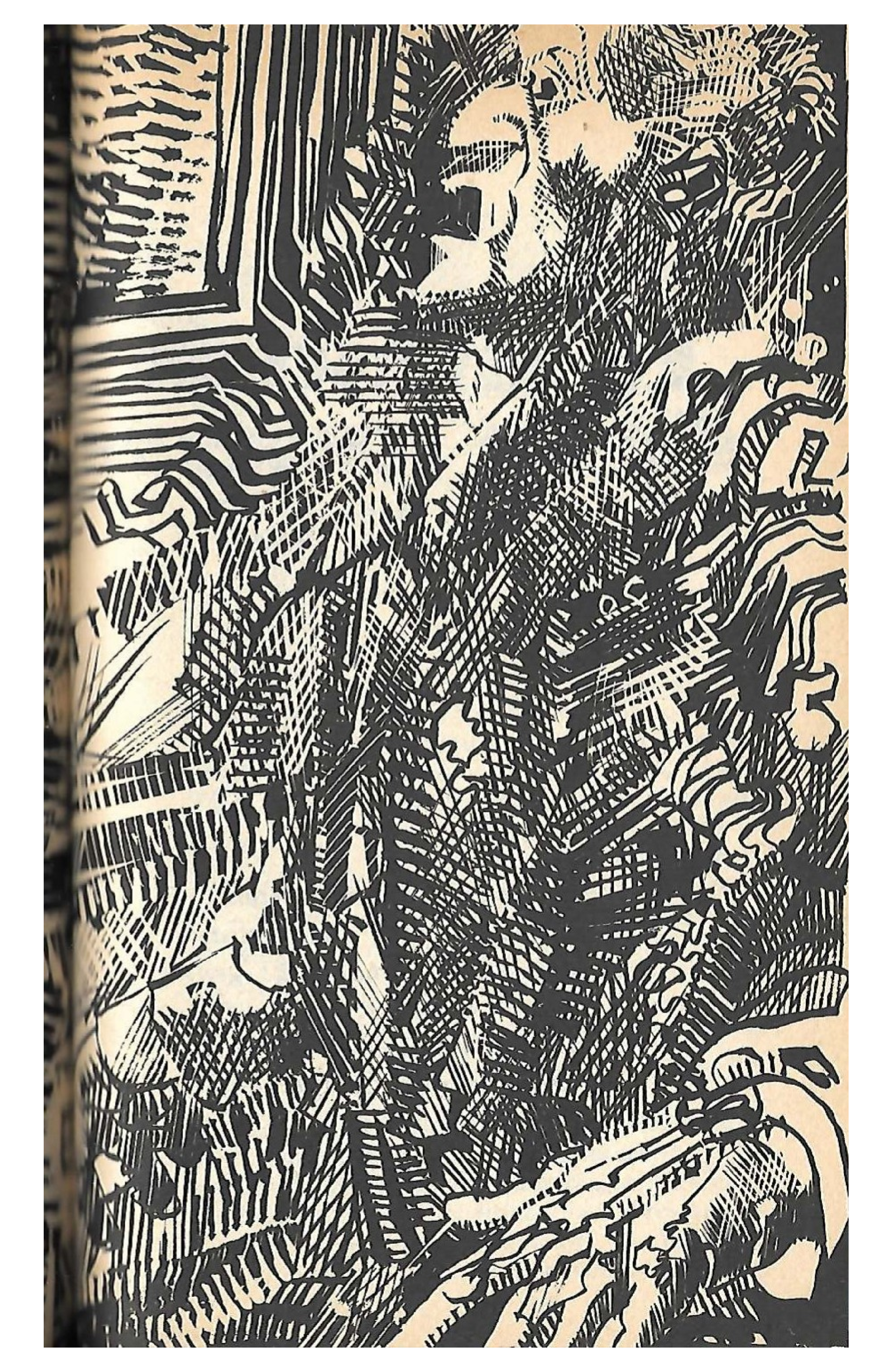
un pobre anciano inválido e indefenso, que vivía con él en su apartamento! Y lo mató salvajemente, acribillándole con un atizador de hierro...

Volvió la cabeza y aún pude distinguir su mirada de horror... o de súplica desesperada.





La máscara de la muerte



La máscara de la muerte

De H. D. Everett
Versión de Juan Luis Morelli

Sueño de la imaginación acalorada, visión quimérica, espantajo que asusta a las gentes sencillas...
En cualquier caso, un fantasma es aquello que siempre está presente.



Su mirada parecía continuar vigilando todo cuanto había en la casa donde encontró la muerte. Mi amigo me dijo que, en efecto, era el retrato de su esposa y que se le parecía mucho, si bien —puntualizó— en los últimos años envejeció bastante.

Yo había pasado diez años fuera de Inglaterra. Cuando regresé me encontré con que mi amigo Enderby había quedado viudo cuatro años atrás. Nos habíamos conocido en la escuela, y luego asistimos juntos a las clases de la universidad. Me unía a él, por tanto, ese afecto duradero y reposado que el paso del tiempo no logra enturbiar. Por eso acogí con cierta satisfacción la noticia de la muerte de Gloriana, cuyo carácter despótico y avinagrado le había hecho la vida imposible a un hombre de tan fina sensibilidad como Enderby.

Descubrí el retrato de Gloriana en lo alto de la escalera, cuando nos encaminábamos al salón de fumar después de haber cenado. Admití que, en efecto, se le parecía bastante. Allí estaba su expresión helada, su aire de autoritaria distinción, sus facciones aguileñas y nerviosas, a los que en verdad el pintor

había hecho justicia; ojos que persistían en vigilar, más allá de la muerte, todo cuanto en aquella casa había.

Continuamos andando tras detenernos un breve momento frente al cuadro. El antiguo propietario había habilitado al fondo de la casa el actual salón de fumar, aislándolo con una doble puerta a fin de que pudiera servir como cuarto de los niños. Entre sus muchas impertinencias, a la señora Enderby le horrorizaba el olor del tabaco; y como el matrimonio no había dejado descendencia, aquel cuarto aislado hubo de ocuparse con las pipas y los cigarros de Tom. Y si alguno de sus amigos deseaba fumar, no tenía más remedio que hacerlo allí o no hacerlo en parte alguna. No es fácil que fumador empedernido como yo pudiera olvidar una norma tan desagradable; pero me sorprendió en grado sumo que continuara vigente, pese a que la dictadora hubiera fallecido cuatro años antes.

Tuve también que rendirme a otra sorprendente evidencia. Y era que Enderby comenzó a respirar con más libertad cuando cerró la doble puerta a nuestras espaldas. De esta forma, separándonos completamente del resto de la casa, de la escalinata y del cuadro, no tardamos en instalarnos muellemente en sendos sillones delante de un buen fuego, con una copa de oporto en la diestra y un delicioso habano en la siniestra. Nada faltaba, pues, para que la velada pudiera transcurrir del mejor de los modos. Pero una inequívoca nube de depresión flotaba en torno de su persona. Evidentemente, Enderby estaba siendo víctima de las reflexiones más sombrías.

—Espero que vengas pronto a visitarnos —traté de animarle—. Mi mujer está deseando conocerte. ¿Podrás hacerlo la próxima semana?

En su rostro brilló un chispazo de alegría.

—Te aseguro que nada me complacería más en el mundo —asintió con toda cordialidad.

Pero repentinamente su rostro volvió a ensombrecerse, y un amargo suspiro rubricó su regreso a la depresión de momentos antes.

—En el caso —añadió— de que pueda ausentarme.
—No lo entiendo... ¿Qué puede impedírtelo?
—Bueno, se trata de... Te parecerá absurdo. Pero el caso es que me estoy acostumbrando a estar siempre aquí. Por supuesto, para que todo se conserve tal y como...
Hizo una pausa. Desvió su vista hacia el fuego, donde dejó caer parsimoniosamente la ceniza de su cigarro. Yo estaba bastante asombrado por su extraña actitud, que atribuí a una probable manía hipocondríaca. Pero esa tarde me encontraba animado de las mejores intenciones.
—Mira, Tom —le dije—, si sigues aquí acabarás convirtiéndote en un huraño solitario. ¿Por qué no alquilas la casa, o mejor la vendes, y empiezas una vida nueva en cualquier otro sitio. Yo creo que...
No me dejó terminar la frase.
—Imposible venderla —dijo—. No puedo de ningún modo. Yo sólo soy un poseedor en vida. Esta casa es..., era de mi esposa.
—Claro, naturalmente... Pero nadie puede impedirte que la alquiles. Y si tampoco puedes hacer eso legalmente, la cierras una temporada y asunto concluido.
—No hay nada legal que me lo impida.
—Entonces, ¿por qué no? El mundo te está esperando, Tom. Decídete. Aunque yo en tu caso no lo dudaría: si en algo aprecias mi consejo, lo mejor que puedes hacer es volver a casarte.
Sacudió medrosamente la cabeza.
—Después de cuatro años —añadí—, ni el más puritano podría recriminarte.
—Pero no se trata de eso, Dick... Me gustaría contarte algo..., algo muy particular.
Lanzó el cigarro al fuego con un gesto nervioso y se volvió hacia mí. Pude entonces observar que su rostro estaba muy pálido y su frente perlada por el sudor. Luego continuó:
—Los últimos días de Gloriana fueron muy difíciles para todos. Los médicos celebraron consulta po-

cos días antes de que falleciera. Hasta entonces yo desconocía la gravedad de su estado. Me comunicaron que ya no quedaba ninguna esperanza. Mi esposa había entrado en coma. Sin embargo, según me dijeron, era bastante probable que recobrase el conocimiento antes de morir, y yo tenía que estar preparado para ese momento... Estaba muy asustado, Dick, muy asustado. Pensarás que soy un cobarde, pero temía esa pasajera resurrección más que a nada en el mundo. Con todas mis fuerzas deseaba que muriese sin llegar a recobrar el conocimiento.

Apuró de un trago la copa de oporto. Sus ojos habían adquirido un brillo extraño. Me aseguró que a nadie había hablado de ese penoso asunto, y parecía asustado por su propia audacia.

—Como sabes —añadió—, Gloriana tenía unas opiniones muy estrictas acerca del matrimonio, y yo estaba convencido de que sus últimas palabras constituirían una orden al respecto. En un momento tan solemne, yo no podría negarme a prometerle lo que fuese, pero tampoco quería verme atado por ninguna promesa. Por eso quería que muriese sin recobrar el conocimiento. Recuerda que ella era mayor que yo. Me iba a quedar viudo casi en la flor de la edad, y la naturaleza tiene exigencias poderosas. ¿Te das cuenta?

—Pero Tom, amigo mío, no sería justo que te vieras obligado por una promesa arrancada de esa manera.

—Sin embargo, las cosas no se desarrollaron como había supuesto, sino de una manera más terrible, infinitamente más terrible...

Guardó silencio durante unos momentos, mientras miraba furtiva y temerosamente hacia la doble puerta, como si temiera la imposibilidad de que alguien pudiera irrumpir en el salón.

—Yo estaba sentado aquí mismo —prosiguió su relato—, sintiéndome todo lo desgraciado que puedes suponer, cuando uno de los médicos vino a llevarme a la habitación de Gloriana. Te aseguro que me tem-

blaban las piernas, pues el doctor Jackson me dijo que había recobrado el conocimiento y había preguntado por mí. Tenía que verla de inmediato aunque, según me aconsejó, procurando que no la trastornase, pues de lo contrario su agonía podría hacerse mucho más dolorosa. La vi tendida en el lecho, y te aseguro que parecía un auténtico cadáver con los ojos abiertos. «Me dicen que estoy muriendo, Tom —susurraba de forma rasposa, repulsiva—, y quiero que me prometas una cosa.» Lo que me temía, pensé, ha llegado al fin. Pero no ocurrió exactamente lo que yo esperaba. No exactamente, Dick. «Cuando haya muerto y esté ya en el ataúd —me dijo— quiero que cubras mi cara con tus manos. Debes prometérmelo.» Suspiré aliviado y, naturalmente, se lo prometí. «Quiero que cubras mi rostro con un pañuelo. No con uno cualquiera, sino precisamente el que está en el tercer cajón de la cómoda. No hay otra cosa en ese cajón. Ese pañuelo y ningún otro... ¡Prométetelo, Tom, prométetelo! Y por ningún motivo abras ese cajón antes de que muera.»

Y no dijo otra cosa, Dick, no dijo nada más. Cerró los ojos como si quisiera ir acostumbrándose a la muerte, y ya no volvió a abrirlos nunca. Tres o cuatro días después vinieron a buscarme de nuevo por si quería verla por última vez, ya que los de la funeraria iban a cerrar el ataúd. Puedes imaginarte la gran repugnancia que tuve que vencer, pero era imprescindible cumplir mi promesa. Gloriana estaba más fría que el hielo. Durante mucho tiempo permaneció en las yemas de mis dedos la horrible sensación de su piel muerta. Entonces comprendí con toda claridad que había dejado de amarla desde muchos años atrás. Pero abrí la cómoda y, tal como ella había dicho, encontré un gran pañuelo de tela muy fina que jamás le había visto usar. Como había prometido, lo desdoblé y lo coloqué encima de su cara...

Observé un ligero estremecimiento en las mejillas de mi amigo, quien había suspendido inopinadamente su relato. Como su silencio se prolongara

hasta el punto de impacientarme, le insté a continuar. Lo hizo con un tono de voz que me impresionó, por lo grave y profundo. Arrastraba las palabras como si al soltarlas se concentraran en su garganta, al mismo tiempo, un gran horror y un gran alivio.

—Quisiera que me creyeses, Dick. Cuando coloqué ese pañuelo sobre su rostro me puse a temblar. Porque ocurrió algo muy extraño... El pañuelo pareció pegarse a sus facciones, a la nariz, a la boca, a la frente, a sus ojos cerrados... Se pegó igual que si la piel ejerciera sobre el pañuelo una atracción irresistible hasta convertirlo en una máscara perfecta. Aspiré tanto horror, en aquel momento, que mi sensación fue la de unas garras invisibles arañándome los nervios. Arranqué el pañuelo y, borracho de miedo, salí corriendo del aposento. Aquella noche clavaron el ataúd.

Debo advertir al lector que soy positivamente excéptico, pero de ningún modo podía dudar de la sinceridad de mi amigo. En consecuencia, a partir de ese punto empecé a seguir su relato en un creciente estado de confusión e inquietud, sin duda contagiado por la que entonces sentía Tom Enderby.

—Finalmente la enterraron —prosiguió— y le construí un panteón que fue considerado monumental por los vecinos. En realidad, no me hallaba atado por ningún juramento contra un posterior matrimonio; aunque de sobra supiera que ese habría sido su deseo. Pero, ¿qué motivo podía aducir para mantenerme fiel al recuerdo de Gloriana? Ninguno. Meses más tarde, una familia llamada Ashcroft vino a vivir a Leasowes, y con ella vino Lucy, la hija del matrimonio. Una chica tan atractiva que me enamoré de ella nada más verla. Y pronto resultó evidente que ella también se había enamorado de mí. Era cariñosa, sencilla, sin ningún sentimiento de superioridad. No era como...

No hice ningún comentario, pero estaba claro que Tom la comparaba a Gloriana y ésta, en la comparación, salía perdiendo.

—... Bueno, pues se me ocurrió que tenía muchas probabilidades de ser feliz con ella, y de este modo me sentía cada vez más enamorado. Los Ashcroft eran una familia muy hospitalaria y me alentaron a ir a Leasowes siempre que quisiera. Tuve la corazonada de que no se opondrían en absoluto a mis proyectos. Y como el asunto progresaba, una noche decidí declararme. El día anterior volví de la ciudad con un anillo en el bolsillo que tenía dos corazones entrelazados. Así que esa noche me acicalé como nunca para la cena y llegué a la conclusión, delante del espejo, de que, después de todo, mi pelo todavía estaba bastante negro y mi figura no era mala.

Ante el espejo cogí un pañuelo limpio y arrojé al suelo, arrugado, el que había llevado todo el día. No sé por qué me volví a mirarlo, pero de pronto estuve contemplándolo y creí estar al borde de la locura... Porque el pañuelo se estaba moviendo. Te lo juro, Dick, el pañuelo se movía como si una mano estuviera estrujándolo por abajo. Pronto cambió de forma, abultándose e hinchándose, extendiéndose y adoptando la forma de una cara... Sí, lo has adivinado. Era la máscara mortuoria de Gloriana. Pero una Gloriana que mostraba en las irregularidades de las mejillas, en el labio carcomido y en la boca entreabierta, las señales de la corrupción. El horror revolvió mis entrañas, sacudió a latigazos mi cerebro... ¡Hacía once meses ya que Gloriana estaba bajo tierra!

Más espantoso todavía que escuchar aquel horripilante relato era contemplar los gestos espasmódicos de Tom mientras lo contaba, sin dejar de mirar de soslayo, una y otra vez, hacia la doble puerta.

—Me es imposible explicar la repulsiva sensación, el sobrecogimiento helado que me invadió en aquellos instantes. Cogí el pedazo de tela y lo arrojé al fuego; pero en mi mano ya no era más que un pañuelo, y al momento siguiente sólo era un trapo ennegrecido en la reja del hogar. Las llamas lo habían devorado con una violencia extraordinaria, pero te aseguro que no estaba impregnado por ninguna sus-

tancia inflamable, te garantizo que no era más que un trapo, que debajo no había cara alguna, que...

—¡Naturalmente que no! —interrumpí su nervioso discurso—. Simplemente fuiste víctima de una alucinación, y eso fue todo.

—Eso fue lo que me dije, sí, una alucinación. Eso, y muchas otras cosas... Bajé por la escalinata tratando de serenarme con un trago. Pero estaba tan trastornado que, al menos por aquella noche, tuve que renunciar al papel de un ferviente enamorado. El recuerdo de aquella máscara de la muerte era demasiado vívido, y sin duda se habría interpuesto entre los labios de Lucy y los míos.

Pero la fuerza de la vida —trataba yo de creer entonces ingenuamente— es superior a la fuerza de los fantasmas. Y acogido a esa creencia, dejé que el espantoso efecto de aquella noche se fuera disipando o, al menos, se paliara con el paso de los días. Transcurrieron dos nada más cuando volví a sentirme valiente y dispuesto a reírme de mi necedad, como tú ahora. Así que hice formalmente mi proposición y Lucy me aceptó, con el beneplácito de sus padres. Por primera vez en muchos años empezaba a sentirme feliz.

Siguió contándome Enderby que hizo la petición de mano un lunes, y el miércoles volvió de nuevo a cenar y a pasar la velada con la familia.

—Después pudimos Lucy y yo aislarnos en el saloncito, en un rincón que parecía hecho a propósito para nosotros. Bien, allí gozamos de una perfecta soledad. Lucy se instaló en un diván, muy atareada con su labor de punto, y yo disfrutaba mientras tanto del privilegio de sentarme a su lado, lo bastante cerca como para poder observar el movimiento de las agujas que iban componiendo el dibujo.

Estaba bordando un cuadrado de lino que debería servir de servilleta, y quería regalarla a una amiga; por eso me manifestó que estaba ansiosa de terminarlo en muy pocos días, a fin de poder mandársela cuanto antes. Pero su labor me estaba impacientando

porque quería cogerle la mano y que me pudiera mirar mientras hablábamos. En un momento de la conversación le hablé de los preparativos de la boda, tema que interesaba particularmente a Lucy; tanto que dejó la tela a medio bordar en una mesita que teníamos al lado. Cogí sus manos y ella, todavía tímida, desvió la mirada. Ví entonces en ella una expresión mitad de horror, mitad de repugnancia, y antes de incorporarse de un salto exclamó: «¡Se está moviendo!»

La tela, en efecto, se movía por sí misma, y de tal forma que a los pocos segundos sus pliegues se alisaron y abombaron hasta adquirir los repulsivos volúmenes de un rostro humano en plena descomposición... ¡Y era de nuevo el rostro de Gloriana!

Cogí la tela y, rápidamente, la arrojé detrás del sofá. A partir de ese momento actué como un perfecto imbécil. «Sí —le dije a Lucy—, parecía una cara, pero no hagas caso. Y ahora escucha, escucha...»

Y me embarqué en un discurso atropellado y apenas coherente. Estaba tan agitado que las palabras surgían de mi boca como chispas de un pedernal. Sin duda que mi rostro o el temblor de mis manos delatarían a Lucy cuál era en realidad mi estado de ánimo. Pero en mis angustiados esfuerzos por no manifestar el horror que me embargaba, creo recordar que le hablé de lo maravillosa que iba a ser nuestra luna de miel en Sicilia y de otras lindezas que debieron sonar en sus oídos como las palabras de un loco. Porque Lucy, con el ceño fruncido, debería estar reprobando mi impulsiva acción. Ya no me escuchaba como antes, vacilaba ante mis razonamientos, y miraba con gesto reprobatorio hacia la parte del sofá donde yo había arrojado su bordado. Poco a poco me dio a entender que su madre estaría esperando que nos reuniéramos con los demás en la otra habitación. Y cuando añadió: «¿No podrías recoger mi labor, querido?», observé en sus palabras un evidente tono de reproche.

Así que di la vuelta al sofá para recoger la tela mientras Lucy hacía lo propio por el otro extremo, y ambos vimos el pañuelo al mismo tiempo.

«La cara volvía a estar allí, rígida y severa, con las esquinas de la servilleta metidas hacia abajo, completando la forma de la cabeza. No era esto todo. Había un lienzo blanco, extendido por el suelo, ofreciendo una figura tendida y rígida, como un cadáver listo para el ataúd. Puedes comprender el susto de Lucy. Chilló una y otra vez, e inmediatamente la familia, muy indignada, penetró en tromba en el saloncito, preguntando la causa del alboroto.

Yo, mientras tanto, hice lo único que en aquellos momentos podía hacer, aunque resultase un gesto incoherente y desequilibrado a los ojos de todos: me arrojé sobre aquella máscara, destruyéndola. El bordado de Lucy formaba la cabeza, y el resto lo componía una toalla de baño, traída de un dormitorio, aunque nadie sabía cómo ni cuándo. Sostuve ambas cosas entre mis manos, protestando mi inocencia. La familia me apuñalaba casi literalmente con sus miradas de indignación. Lucy lloraba en brazos de su madre.

No sé cómo, pero poco a poco se fue restableciendo la paz. Resultaba claro, sin embargo, que los Ashcroft empezaban a retirarme su confianza. El padre se mantuvo rígido como una estatua, y la madre me lanzó reproches indirectos, diciendo que las bromas pesadas no le agradaban en absoluto, y que quizá yo no había tenido en cuenta lo sensible y asustadiza que era la pobre Lucy. Luego me conminó, con un gesto irresistible, a que nada semejante volviera a ocurrir en lo sucesivo.

¡Dios mío, bromas pesadas! Como si, estando a solas con Lucy, pudiera asaltarme el extravagante deseo de fabricar imágenes de cadáveres por el suelo. Lucy debió comprender que semejante acusación era absurda, ya que había permanecido yo a su lado en todo momento. Cuando estuvo algo más calmada se puso de mi parte, pero sin que mediara entre nosotros explicación alguna de lo sucedido.

Al día siguiente tuve que volver a la ciudad y no pude, por tanto, ver a Lucy. Habíamos concertado cabalgar juntos el viernes por la mañana en su hacienda, y acudí puntual a la cita. Observé una expresión algo sombría en su rostro. Sus labios, particularmente, mostraban en las comisuras mayor dureza que de ordinario. Pero me permitió montarla en la silla y pasar su pie por el estribo. Su madre, desde la ventana, nos pidió que regresáramos puntualmente a la hora del almuerzo, ya que una amiga que había pernoctado en la casa se marcharía inmediatamente después de comer. «Creo que te conoce mucho —murmuró Lucy mientras se inclinaba para acariciar a su caballo—. Se trata de la señorita Kingsworthy.»

Efectivamente, esa señorita Kingsworthy era una vieja amiga de Gloriana, que mientras vivió mi esposa había tomado la costumbre de visitarnos de vez en cuando. No sabía que ella y los Ashcroft fuesen amigos, ni tuve tampoco ocasión de expresarle a Lucy mi contento o mi disgusto por la noticia, ya que puso a galope su caballo. Transcurrió algún tiempo antes de que tirase de las riendas y pudiésemos conversar a lomos de nuestras correspondientes cabalgaduras.

Lucy estaba radiante sobre el caballo. Su sombrero de amazona le sentaba magníficamente, así como el ajustado traje que llevaba. Me encantaba contemplarla. Pero ella misma rompió ese encanto por el desagradable tema que eligió para iniciar nuestra conversación. «Tom —me dijo—, la señorita Kingsworthy asegura que tu esposa no quería que volvieses a casarte; y que te hizo prometer que no lo harías nunca. Por eso se quedó muy sorprendida al saber que tú y yo estábamos prometidos. ¿Es verdad eso?»

Observé de nuevo una expresión de dureza en su rostro. Le aseguré que no era cierto, que mi esposa jamás me había pedido tal cosa, ni yo le había hecho nunca promesa semejante. Admití, que en efecto, le disgustaban los segundos casamientos, y que quizá le hubiese expresado esa opinión a la señorita Kings-

worthy, a esa pobre chismosa metomentodo y enredadora que tenía intención, al parecer, de interponerse entre Lucy y yo. La miré fijamente y le pregunté si estaba dispuesta a permitir esa intromisión.

Lucy desvió los ojos, y aunque su perfil se suavizó seguía manteniendo en el rostro cierta expresión de disgusto. «Claro que no lo voy a permitir —respondió—. Y te aseguro que no habría sacado a relucir este enojoso tema si... Si no hubiera sido tan espantoso lo que vimos tú y yo la otra noche. No te enfades, Tom; pero le pregunté a la señorita Kingsworthy cuál era el aspecto de tu esposa. Claro que sin decirle el motivo de la pregunta. Y los rasgos que me describió coincidían punto por punto... Sí, Tom, coincidían exactamente con el rostro que apareció en el pañuelo.» De pronto se estremeció y su cara se volvió blanca como un sudario. «Si volviera a suceder —añadió—, de ningún modo podría soportarlo.»

Comprendí que aquello era un ultimátum. No puedes hacerte idea de lo dolorosa que me resultó aquella situación, Dick. Porque Lucy me gustaba, me gustaba más que nunca, y ella me quería tanto o más que yo a ella. Pero estaba claro que jamás se casaría con un hombre marcado por los fantasmas.

Ya no pondré a prueba tu paciencia por mucho más tiempo, Dick. Llegamos al final. Aun en la desesperación más profunda, un hombre encuentra siempre alguna imagen esperanzadora. Y yo me imaginé que el poder de Gloriana, cualquiera que fuese su naturaleza y su origen, podía haberse esforzado tanto la última vez que ya no tuviese energías para nada más. Así que hice esfuerzos inauditos por desempeñar el papel de amante desenfadado y alegre, sin la menor sombra de preocupación, para así volver a hacer coincidir la mía con la imagen que Lucy se había formado de su compañero ideal... Aunque en los más íntimo de mi corazón sabía que no conducía a nada esa farsa, que me estaba engañando miserablemente.

Cuando regresamos, el caballo de Lucy perdió

una herradura y no pudimos llegar a la hacienda antes de las dos. Habían terminado de almorzar. La madre de Lucy había llevado a la quisquillosa señorita Kingsworthy a la estación y, aunque ya fría, la comida nos estaba esperando.

Lucy estaba hambrienta. Al entrar en el comedor se quitó el sombrero y lo dejó encima de una mesita, alegando que le daba mucho dolor de cabeza. Yo me esforzaba por tragar bocado porque mi estado de ánimo, como podrás imaginarte, no era precisamente el más propicio. Pero Lucy mostraba un apetito envidiable que no cesó sino con los postres.

El criado se marchó después de haber dejado servida la mesa. Algo extraño comenzó a manifestarse en la atmósfera del comedor. Primero fue una especie de leve crujido procedente, al parecer, de las patas de la mesa. Lucy no se percató de ello, ocupada como estaba en terminar su postre. Por mi parte, el bocado se me había atragantado, porque el mantel pareció cobrar vida en la esquina que estaba entre Lucy y yo. La ventana se encontraba cerrada y no había la menor corriente de aire. Pero el mantel se levantaba en ondas convulsas, como empujado por un viento poderoso. Fingí no darme cuenta, y traté de conversar como si una ominosa repulsión no estuviera destrozando mi cerebro; y en vano trataba de alisar aquella tela con las manos, movida por una fuerza incontenible que punzaba las yemas de mis dedos... Era espantoso, Dick, tan espantoso que tiemblo todavía al recordarlo. Lucy se levantó al fin, alegando que iba a cambiarse de vestido. Ocupado como estaba con el mantel, no se me ocurrió mirar a mi alrededor. Y cuando lo hice ví que el sombrero de encima de la mesita estaba inclinado de costado, en una posición extraña... ¡Y su copa ofrecía la visión de la cara! ¡La espantosa y podrida cara de Gloriana! ¡Y también se reproducía en todas las servilletas! ¡Dick, Dick, amigo mío! ¡Era una cara que sonreía y gesticulaba con toda la maldad del mundo!

«Grité como un poseído, al tiempo que destrozaba

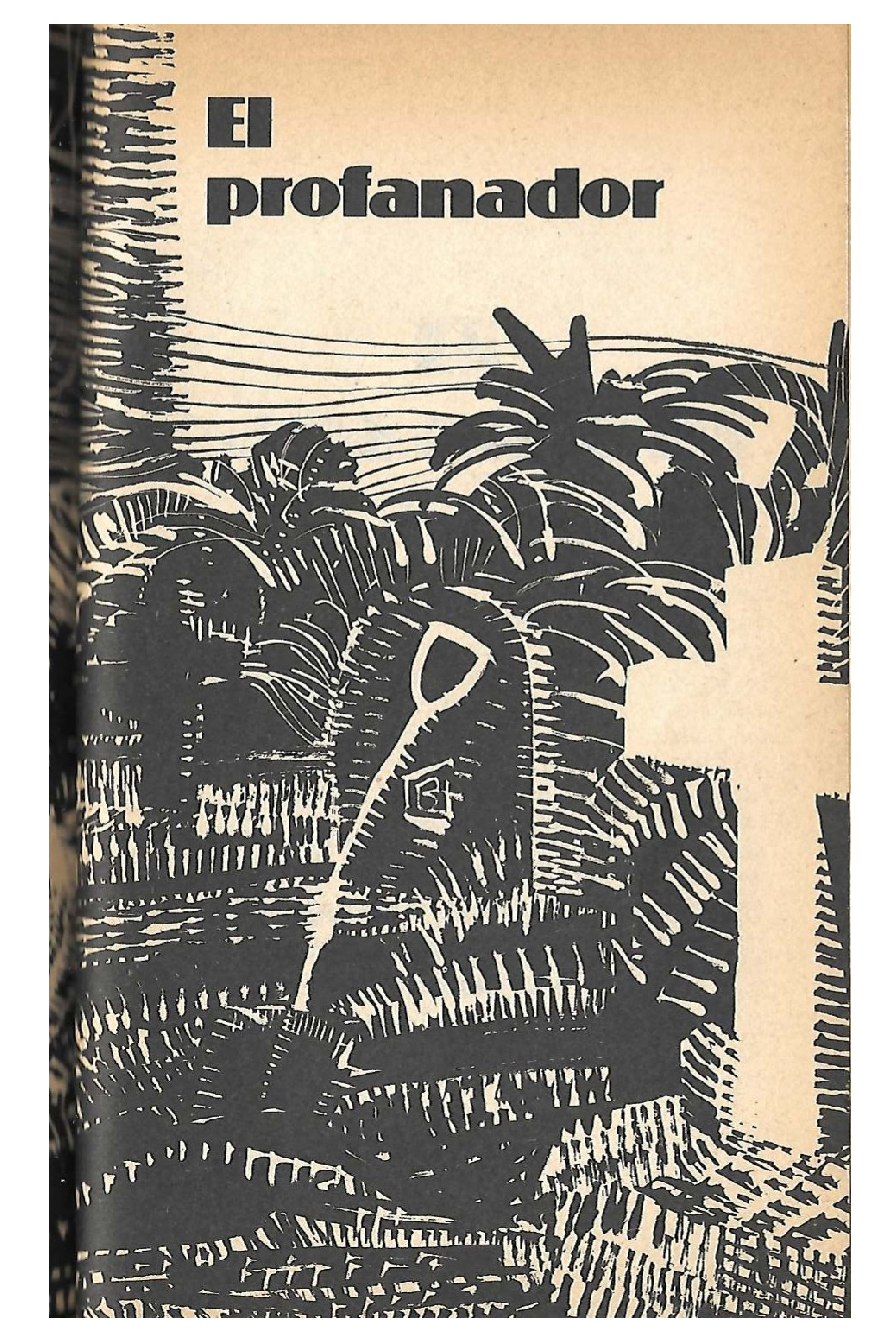
el mantel, pisoteaba las servilletas y arrojaba el sombrero por la ventana. Lucy profirió un alarido atroz y comenzó a agitarse, espasmódicamente, víctima de una aguda crisis histérica. Luego perdió el conocimiento, y no lo recobró sino tres días después, gracias a los cuidados de los mejores médicos de la región. Estas últimas noticias las recibí en esta casa, en el interior de un paquete en el que la madre de Lucy me devolvía el anillo de compromiso... Mi pelo se volvió tan blanco como lo ves ahora, al cabo de quince días.

El pobre Tom Enderby se sumió entonces en un prolongado silencio, dando por terminado su relato. Por más que me esforzaba, no encontré ninguna palabra de consuelo que ofrecerle. Más allá de la doble puerta me pareció escuchar algo parecido a una risa sorda, prolongada, cruel. A pesar de la cercanía del fuego, un fuerte estremecimiento sacudió mi espalda. Pero Tom, hundido en sus sombríos pensamientos, no parecía haberse percatado de ello, y nada le dije, rindiéndole con ello mi último tributo a su amistad; puesto que después de esa noche no he sentido el más mínimo deseo de volver a su casa.





El profanador



El profanador

José León Cano

La primera paletada que arrancó de la tumba casi le hizo vomitar y hasta dudó de continuar la infame labor. Tuvo la sensación de que una multitud de seres invisibles le acechaban en la oscuridad...



E RA su primer trabajo como profanador de cadáveres. A causa de lo cual tuvo que vencer una gran repugnancia cuando, tras retirar la pesada losa de mármol negro, levantó una gran paletada de tierra. Los primeros vientos del invierno murmuraban gélidos lamentos, siseando entre lápidas carcomidas y borrosas. La noche le amparaba; pero también el terror supersticioso de los campesinos, quienes por nada del mundo se hubieran acercado a tan abominable lugar. Por la comarca circulaban las más inquietantes leyendas en torno a un cementerio que no había sido visitado en cien años. Tres cipreses muertos levantaban su leprosa osamenta hacia la negrura del cielo, evidenciando su vertiginosa antigüedad. La mano del viento arrancaba de sus ramas vibraciones insufribles, componiendo una melodía de lúgubre y aterradora desolación.

Días atrás, las herrumbrosas puertas del cementerio crujieron al abrirse, tras haber permanecido cerradas durante varias generaciones. Y por lo que en otro tiempo fuera un camino entre las tumbas, convertido

ahora en lodazal cubierto de malezas secas y retorcidas, pasó un coche fúnebre de imponente aspecto. Lo vieron desde el pueblo, situado en lo alto de la colina, pero nadie tuvo el valor de acercarse para comprobar los detalles, y tuvieron que conformarse con la descripción que de los mismos hacía el barbero, provisto de unos potentes prismáticos. Se trataba de una gran carroza negra, tirada por cuatro caballos igualmente negros y empenachados con grandes plumas del mismo color. Lo que resultaba insólito en una época que había sustituido a estos vehículos por automóviles. Pero más inquietante era el hecho de que alguien hubiera elegido aquel sitio infame como última morada. Porque se decía del cementerio que era sede de festines ominosos y lugar donde se manifestaban espantosas criaturas de pesadilla. Ni los más viejos podían recordar la última vez en que ocurriera allí un enterramiento.

El barbero vio y contó que los dos hombres maduros, casi ancianos, que viajaban en el pescante, extrajeron de la carroza un féretro de brillante madera negra, tal vez ébano, y lo depositaron en tierra. Tras cavar una fosa abrieron la tapa del ataúd para contemplar por última vez el cadáver. Se trataba de una mujer morena, como de cuarenta años, vestida con una túnica de color plateado que ostentaba a la altura del pecho extraños dibujos serpentinos. Tenía las manos entrelazadas sobre el vientre y en los dedos refulgían varios anillos. Las mejillas del cadáver, tal vez por el artificio de un maquillaje póstumo, aparecían insólitamente sonrosadas. Lo que contrastaba con la siniestra expresión del rostro. Cerraron la tapa y procedieron a enterrar el ataúd sin más ceremonia. Luego sacaron de la carroza una lápida negra, sin inscripción alguna, y la colocaron sobre la tumba. Acto seguido, subieron al pescante y los caballos galoparon frenéticamente hasta que el vehículo se perdió de vista.

Era esa misma losa de mármol que tanto trabajo le había costado levantar. La descripción que el barbero

hiciera de los anillos le despertó la codicia, y daba por bien empleado el esfuerzo. Valdrían, sin duda, lo bastante para poder pagar todas sus deudas. Y tal vez el féretro contuviera otros tesoros no alcanzados a vislumbrar por los prismáticos del barbero. Pero la primera paletada de tierra húmeda y pestilente que arrancó de la tumba casi le hizo vomitar. Y hasta dudó de continuar la infame labor. Tuvo la impresión de que una multitud de seres invisibles y viscosos le acechaban en la oscuridad, y experimentó el mismo terror supersticioso de sus vecinos. El viento arreciaba. Las hojas secas, arremolinándose sobre las tumbas, componían un sonido semejante a los arañazos de una fiera impaciente. Una fosforescencia lechosa, irreal, quizá procedente del fulgor de las estrellas, le hacía innecesario el uso de la linterna. Al menos, hasta que se introdujera en la oscuridad de la fosa, cuyo pútrido seno se iba abriendo a cada nueva paletada. Aumentaba su miedo, a medida que el trabajo iba avanzando, hasta producirle una tensión insoportable. Si en aquellos momentos alguien se hubiera acercado sigilosamente y le hubiera tocado por detrás, un nuevo cadáver engrosaría de golpe la lista de cuantos allí estaban. Un intenso escalofrío le recorrió la espalda cuando tal idea se adueñó de su cerebro.

La idea provenía de una creciente sensación: la de ser observado. Sensación perfectamente física, casi táctil, aunque no pudiera reconocer, ni a su alrededor ni a sus espaldas, figuras evidentes. Sí adivinarlas, con la imaginación acuciada por el terror, entre las densas masas de sombras que le cercaban, allá donde el fulgor estelar era impotente para penetrarlas. Hocicos monstruosos, deformes abominaciones, ojos de brillo maligno y amenazador, seres purulentos y reptantes, agazapados entre la maleza que el viento hacía crepitar, apenas ocultos detrás de lápidas mohosas, acechantes bajo las ruinas de los panteones... Y a esa sensación de agobio imaginativo que le provocaba la ambigua oscuridad se unía otra igualmente escalo-

friante: sutiles vibraciones en los pies, como si los restos de vida sepultados bajo la tierra se apresuraran a salir a su encuentro, a comunicarle sus espantosos secretos.

Pero él no creía en leyendas de viejos ignorantes, y ya faltaba poco para llegar a la tapa del ataúd. Su herramienta produjo un golpe sordo sobre la madera que retumbó bajo tierra. Creyó percibir un eco chirriante en el aire y se le pusieron los pelos de punta. Miró hacia arriba y le pareció que una sombra cruzaba velozmente sobre la fosa, ocultando un momento las estrellas. Los fulgores del horror le cegaron el cerebro. Pero luego se repuso y pensó: «nervios, figuraciones». Era nauseabundo saber que sólo una delgada capa de madera separaba sus pies del cadáver, mucho más nauseabundo que ese hedor enroscado a su cuerpo como una serpiente de mil cabezas. «No es más que una muerta —trató de consolarse—, un inofensivo cuerpo sin vida que se está pudriendo. Tuvo que recoger con las manos los pequeños montones de tierra que quedaban sobre la tapa. Le resultó sumamente dificultoso abrirla, dada la estrechez del lugar, aun con la ayuda de una barra de hierro utilizada a modo de palanca. Cuando al fin lo logró encendió la linterna.

El cadáver mostraba los primeros signos de putrefacción: deformes hinchazones en rostro y manos. Las piedras de los anillos fulguraron a la luz de la linterna, al igual que la túnica plateada. Su mano se negaba a obedecerle, a establecer contacto físico con las manos del cadáver. Al fin lo hizo, pero en vano trató de extraer las joyas, pues la muerte aumentó el grosor de aquellos dedos fríos y blandos. Había llegado demasiado lejos para retroceder ante semejante imprevisto. Extrajo una navaja del bolsillo y cortó, uno a uno, los cinco dedos enjoyados. Hubiera jurado que, al hacerlo, algo semejante al dolor fue experimentado por el cuerpo muerto, y manifestado por medio de una sacudida apenas perceptible. O quizá fue su propio movimiento que, comunicado al cadá-

ver, produjo la ilusión de que éste se movía por sí mismo. Pero logró su propósito. Desprendió los anillos de los dedos mutilados, y tras cerciorarse de que no existía ninguna joya más en el féretro, se dispuso a cerrar la tapa: vio entonces que los ojos de la mujer estaban abiertos.

Ante ese descubrimiento, el profanador dio un grito helado y la linterna se cayó de sus manos. Escuchó a sus espaldas una espantosa carcajada. Pero tal vez fue el eco de su propio grito, confundido con el rumor del viento. La angustia le movió a cerrar la tapa precipitadamente, de tal manera que al hacerlo no advirtió que su pantalón quedaba enganchado en ella. Al incorporarse y tratar de salir sintió que una fuerza ominosa se lo impedía. El horror estuvo a punto de hacerle perder la razón. Pero antes de que eso ocurriera advirtió la causa. Rasgó su pantalón con la navaja y pudo escapar de la fosa.

Al alcanzar la superficie aspiró profundamente el aire frío de la noche. La tensión le hacía temblar. Exhaló repetidas veces con idéntica profundidad, descargándola en parte. Las tinieblas se estaban espesando a su alrededor, lo que no contribuía a hacerle recobrar la calma. Descansó apenas un momento, pues tenía el propósito de clausurar cuanto antes la pesadilla que estaba viviendo. Mientras iba descargando la tierra sobre la fosa, no se le borraba de la mente la imagen de la muerta con los ojos abiertos. Estaba seguro, completamente seguro de que los tenía cerrados cuando abrió el ataúd. La tierra que sobre él se iba acumulando era impotente para ocultar el odioso brillo de aquellos ojos. «Pero no es más que una muerta —pensó—, sólo una muerta. No eres más que un cadáver, y tus anillos están en mi bolsillo.» Trató de silbar para infundirse ánimo, y el sonido parecía reproducirse burlonamente entre las sombras. Colocó luego la losa de mármol en su sitio, y se dispuso a huir.

Sin embargo, antes de llevar a cabo este propósito sucumbió a la codicia. No pudo resistir la tentación

de contemplar el botín. A la luz de la linterna vio entonces que uno de los anillos era un topacio de tamaño considerable, casi desmesurado. Debería costar una fortuna. También vio sus propios dedos manchados de coágulos sanguinolentos. El brillo verde de la piedra se esparcía sobre el rojo negruzco de la sangre muerta. Contemplar ese horror procedente de los dedos mutilados era el precio de la joya. Sintió un invencible asco hacia sí mismo, pero a la vez se dejó atrapar por la fascinación del anillo. Hasta tal punto que se lo introdujo en uno de sus dedos y le parecieron magníficos y ostentosos como los de un obispo. Advirtió que en la superficie de la piedra habían tallado una figura terrible: la cabeza de un animal desconocido, aunque de rasgos felinos, cuyas fauces entreabiertas, surcadas de dientes afilados, subrayaban una actitud maligna y amenazadora. Un mal presentimiento le indujo a desprenderse del anillo, que había entrado en el dedo sin ninguna dificultad. Pero se había incrustado de tal forma que no lo consiguió.

Sudaba y jadeaba, desesperado, pero la joya oponía a su fuerza la de los anillos de una serpiente. Si los vecinos llegasen a contemplarla sospecharían su procedencia. La desesperación, el miedo y la furia hicieron que se le saltasen las lágrimas. Maldijo su estupidez y se maldijo a sí mismo. Tiró y tiró hasta hacerse daño, hasta rasgarse la piel con el metal y confundirse su propia sangre con la que le había manchado las manos. El dolor hacía aumentar el grado de su desesperación hasta sumirle en los primeros peldaños de la locura. ¡Que nunca nadie llegara a enterarse! ¡Que jamás pudieran sospechar que era un profanador de cadáveres! Exaltado por el temor a ser descubierto, más terrible que cuanto su agitada imaginación pudiera forjar, se determinó a llevar a cabo la única escapatoria posible. Ya tenía experiencia de la resistencia que las falanges podían oponer al filo de su navaja, y por cinco veces consecutivas había aprendido la forma de vencerla.

Empuñó el arma con la mano derecha. El viento

helaba los sudores de su piel con la saña de múltiples alfilerazos. Colocó el dedo portador del anillo sobre la losa de mármol negro, y se dijo que era lo bastante hombre para soportar la prueba. Primero presionó levemente el filo sobre el dedo, y la mano temblaba. Pero un fuego monstruoso, desconocido, brotó súbitamente dentro de su pecho. Y rasgó con fuerza, despertando una brutalidad cuya existencia nunca había sospechado. Resonó un grito sobre las tapias del cementerio, sobre las mohosas ruinas de los panteones. Y sus ecos fueron blandamente absorbidos por el manto de la tierra, despertando el larvado horror de los cadáveres. Un hombre, a veces, puede soportar el dolor de la automutilación y permanecer, sin embargo, despierto. En este caso, el profanador estuvo lo bastante despierto para darse cuenta de que sólo en parte había logrado su propósito. Puesto que, aunque cortado el hueso, el dedo seguía adherido a la mano por fibras de carne y jirones de piel. Tuvo que tirar con fuerza, y renovar el dolor, para que al fin el dedo cayera sobre la losa envuelto en una capa de sangre.

Era un dolor agudísimo. Tan insoportablemente agudo y cruel que había perdido las riendas de la razón. Escupió y pateó sobre el mármol negro, sobre su propio dedo despedazado, sobre el horrible anillo verde que permanecía incólume, sin deformarse con los pisotones, participando del mismo brillo maligno que había iluminado los ojos abiertos del cadáver. Y supo que había sido víctima de una justa venganza.

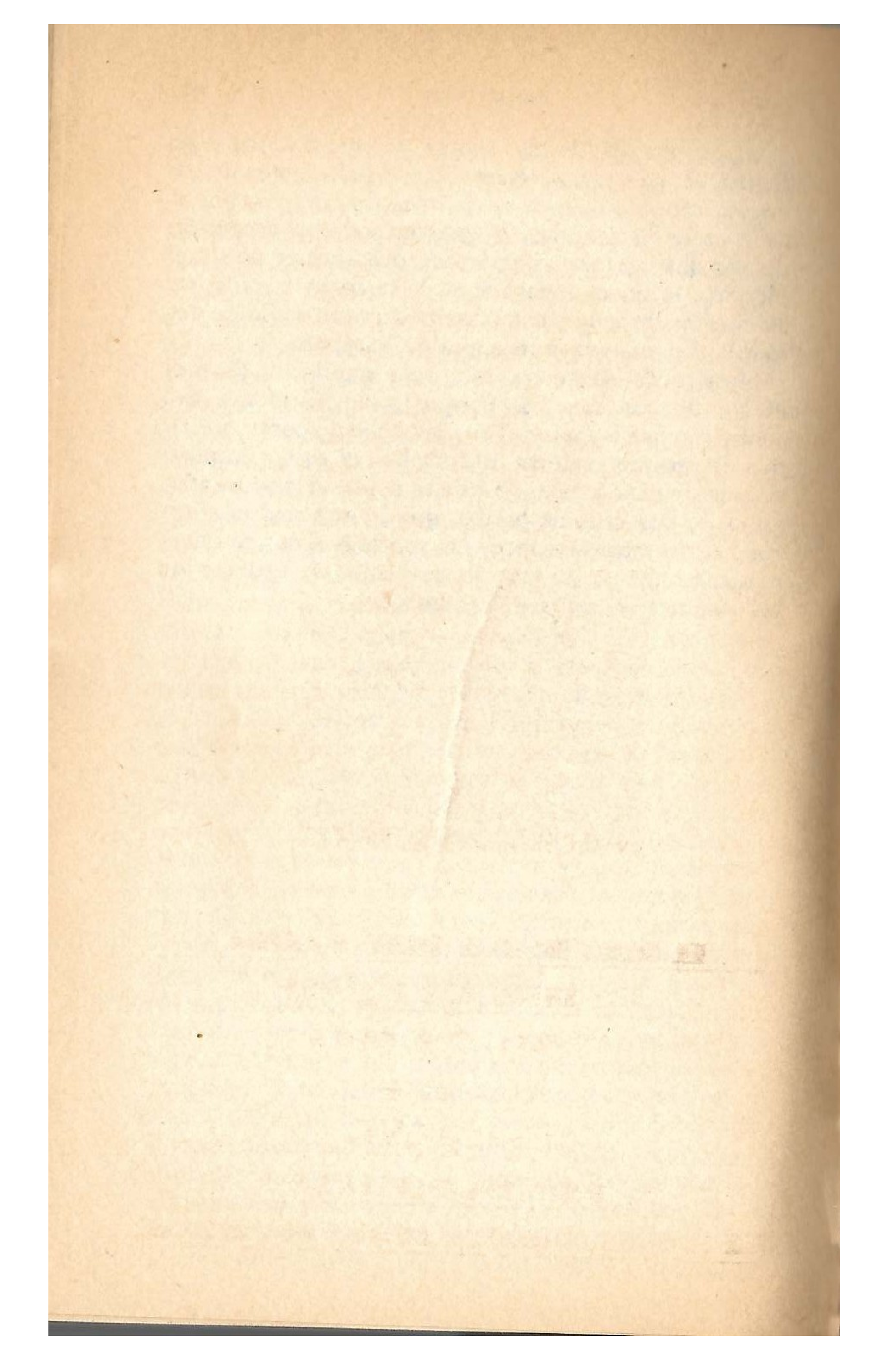
Todavía le quedaban en el bolsillo cuatro anillos. Sin mirarlos siquiera, los lanzó con fuerza sobre las tumbas. Luego se desplomó junto a la losa negra, sin importarle ya ni el dolor ni el frío. La fiebre estaba nublando sus ojos. El viento se había calmado, sobreviniendo un silencio absoluto, más estremecedor que sus gemidos. El tiempo cristalizaba alrededor de ese silencio, lentificando su curso. Sólo podía escuchar las alteraciones de su propia respiración y los golpes del pulso en las sienes. El filo de la navaja brillaba

con resplandores ensangrentados sobre la losa. El vértigo de lo sucedido daba ahora paso, en su cerebro, a un insidiosa somnolencia producida por la fiebre. El instinto le prevenía de un nuevo peligro, pero su voluntad parecía definitivamente quebrada por una oscura fuerza. Escuchó extraños crujidos, como de pisadas sobre hojarasca. Pero no parecían provenir de una dirección determinada. Una mancha blanquecina, recortándose difusamente sobre las tapias, le hizo pensar que ya estaría próximo el amanecer.

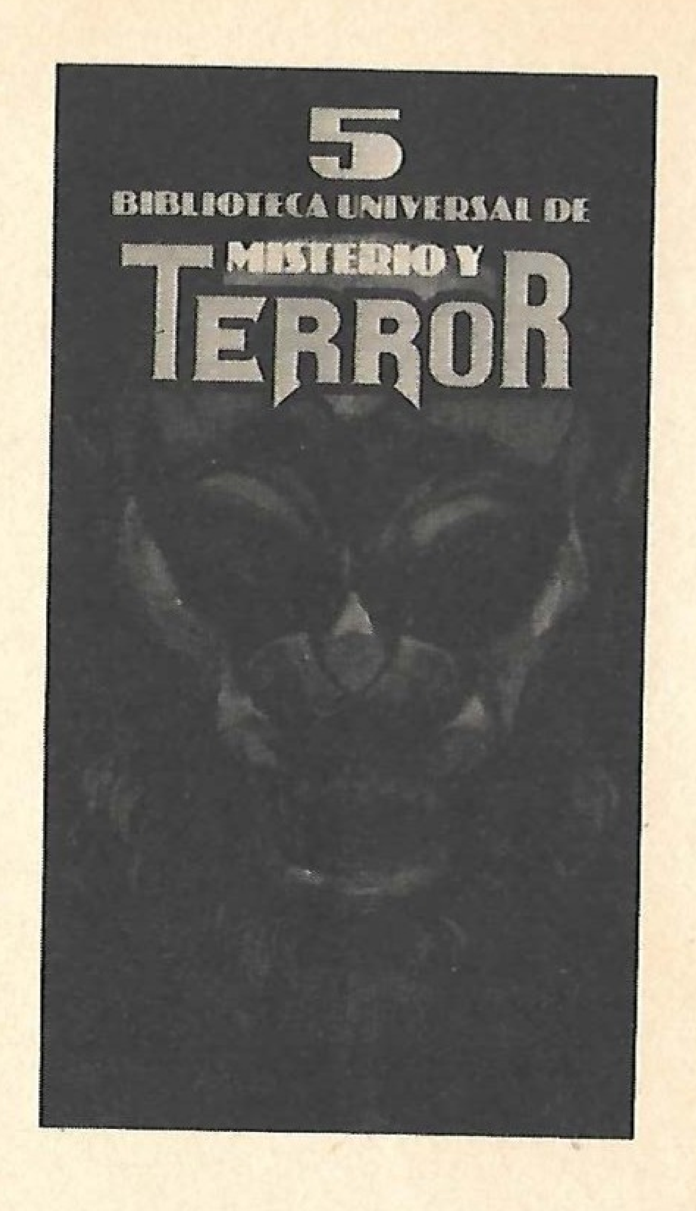
Pero el cielo estaba negro, tan negro que las estrellas temblaban de terror. Y la nube blancuzca iba adquiriendo más consistencia a medida que se acercaba. Escuchó también un sonido tembloroso y lóbrego, lejano, como si procediese de las profundidades de la tierra. Algo como un eco lechoso y repulsivo, cuyas vibraciones se adherían a la médula de los huesos. Era una voz de mujer, pero modulada de tan siniestra manera que sus agudos timbres se clavaban en el oído como una interminable maldición. Reconoció en esa nube, cada vez más cercana, sus largos cabellos, sus abominables ojos abiertos, las ensangrentadas mutilaciones de la mano. Estaba más cerca, cada vez más cerca, y él seguía en el suelo, aplastado por el peso de su espantosa lucidez, deseando con toda su alma que aquello no fuera real. Tan cerca ya que podía contemplar su rostro hinchado y tumefacto, sus colgantes mandíbulas, las espantosas y deformes figuras que, como salidas de un retablo demoníaco, surgían tras ella, con repugnante luminosidad, de cada una de las lápidas. Cuencas relampagueantes de ira, rostros carcomidos por la podredumbre, jirones de sudario que ocultaban apenas los multiformes horrores de la corrupción. Y tras ellos, seres infinitamente más espantosos, sombras de bocas correosas, palpitantes, cuyos aborrecibles y afilados colmillos hacían sospechar la ominosa naturaleza de su alimento. Como una idea consoladora pasó por su mente la de que aquella lóbrega procesión no era más que un producto de la excitación y de la fiebre. Pero la mano ensangren-

tada, carente de dedos, estaba ya acercándose a su rostro. Podía ver sus venas colgando alrededor de los huesos mutilados, esos cuajarones de sangre a punto de rozarle las mejillas. Y escuchaba la congregación de alaridos rabiosos, triunfantes, que surgían de aquel ejército de bocas cadavéricas. Y se formó una danza alucinada alrededor de su cuerpo, un remolino de pesadilla del que ya nunca podría escapar.

Sintió al fin sobre la cara el roce repulsivo. Tuvo el efecto de una catarsis. Porque pudo levantarse del suelo y echar a correr. Pero las lápidas, como podridos dientes de la tierra, le cerraban el paso. Tropezó en una de ellas y cayó de bruces sobre el pico puntiagudo de una cruz de hierro, que le atravesó el corazón. Regresaron entonces las sombras a sus refugios nauseabundos, y le fueron revelados al profanador los infames secretos del Gusano.



PROXIMA APARICION



EL RUBI DE LOS SIETE ANILLOS

LOS ULTIMOS DE YIDDI

EL MALETIN GRIS

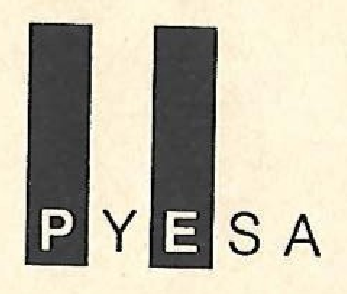
VALENTINE

LA GALICIANA

EL CORAZON REVELADOR

ME BASTARA CON EL DESCANSO ETERNO




PYESA

RR
4

ROBINSON II

LOS OJOS DE RY'EH

NOCHE DE ESTRENO

LA COMPUTADORA

INSOLITO ASESINATO

LA MASCARA DE LA MUERTE

EL PROFANADOR